

SECCION DOCTRINAL.

LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

CONSIDERADA COMO OBRA DEL GENIO CATÓLICO. (1)

El moderno racionalismo, que ha corrompido el lenguaje, esterilizado la literatura y contrahecho la filosofía, todo con la marcada intencion de formar de ellas arietes con que batir los muros de la verdad católica, no ha podido ménos de falsear tambien la Historia. La Historia era para la incredulidad (así la llamaremos, disfrácese como quiera), la Historia era para la incredulidad, un juez severo y un testigo imparcial, que cantaba las glorias de la religion, describía sus conquistas, enumeraba sus sabios, marcaba los progresos por ella hechos en las ciencias, y daba fe de sus instituciones civilizadoras. Fué preciso, pues, enturbiar esta fuente purísima; y no se descuidaron en esta obra los apóstoles de la impiedad.

Apénas aparece la Reforma cuando Flacio Ilirico, rebuscando en cuantos libros encontraba, las calumnias que en diferentes épocas se habian lanzado contra la Iglesia, escribe sus *Testimonios de la verdad*, tejido inconexo de falsedades, se asocia poco despues compañeros y tardan 24 años en componer las Centurias Magdeburgenses, ataque el más rudo que ha podido darse á la Iglesia en el terreno de la Historia; pero ante este reto á la verdad recoge el guante el cardenal César

(1) Insertamos hoy (por imposibilidad de haberlo hecho antes), este importante discurso de apertura del Seminario conciliar de Santander, cuyo autor es el cate-drático de Historia eclesiástica del mismo.

Baronio, y con testimonios sacados de los archivos pontificios escribe sus Anales, desvanece la mentira y funda la historia general eclesiástica.

Continúan combatiendo por una parte Guiardini y Pablo Sarpi, y de la otra, los Benedictinos, los Bollandos y el cardenal Pallavicino, siempre con éxito desfavorable para los enemigos de la Iglesia; porque los progresos que en crítica, lenguas, antigüedades, cronología y manuscritos, se han realizado en estos últimos siglos, principalmente por sabios católicos, han hecho enmudecer la calumnia y avergonzarse la impiedad. En el empuje que hoy han recibido las ciencias históricas, el papel de colectores de cuentos é infames anécdotas es sumamente desairado y nada científico. Protestantes fervorosos, incrédulos de nota, al par que inteligencias privilegiadas han escrito, y con una imparcialidad que les honra, han dejado en su lugar la verdad histórica, demostrada ya ántes por los escritores católicos: me refiero principalmente á Thiers y Guizot. Empero fijada la verdad de la narracion, parecia que el pensamiento humano ya nada tenia que hacer sino grabarla en la memoria, y á lo sumo, trabajar en el descubrimiento de algunos detalles, sin que pudiese desenvolver su actividad en un ramo tan importante y necesario del saber humano. Cuando hé aquí que apoderándose el espíritu filosófico de la letra histórica, reúne hechos, compara, analiza, sintetiza, y, buscando las leyes que rigen en su marcha á la Humanidad, da lugar á una ciencia que se llama Filosofía de la Historia.

Los enemigos del catolicismo, desesperanzados ántes de poderle hostilizar, empuñan esta nueva arma, y con ella le dirigen golpes furiosos y repetidos: mas los apologistas de la Iglesia, obligados tambien á manejarla para su defensa, proporcionan á la verdad nuevos triunfos y brillantes páginas. «Reconocer la Filosofía de la Historia como verdadera ciencia, como ciencia inventada y perfeccionada por el genio católico en pro de la verdad y para confusion del error, ved, señores, el asunto que habré de desenvolver en estos momentos.»

La Historia, salvas raras excepciones, no habia salido hasta

estos últimos tiempos de la simple categoría de arte. Concretada á la mera narracion de los sucesos, expuestos con mayor ó menor fidelidad y precision, más ó ménos exornados, lo único que se permitia, despues de referir los más notables, era formular un juicio, á veces inexacto, ó proferir una exclamacion axiomática y profunda en forma de epifonema; era, en fin, un conjunto de materiales sin enlace y sin resultados prácticos, y no podia hacer otra cosa, miétras limitándose á describir batallas y trazar biografias de reyes y capitanes, descuidase estudiar los pueblos por su historia, por el conocimiento de su plebe, educacion, leyes, costumbres, religion y cultura. Empero enriquecida hoy por la crítica moderna, que ha sabido á costa de grandes sacrificios, no sólo reunir datos de cercanos siglos, sino desenterrar anales de fenecidos imperios, ha enlazado hechos, ha comparado los pueblos, estudiado su mecanismo para darse cuenta de su vida, y mirando á la Humanidad como un gran rio que nace, se extiende, divide y desborda segun las leyes de la gravitacion y configuracion de los terrenos que atraviesa, ha querido estudiar las leyes fijas é invariables de su marcha, no sólo para conocimiento de lo pasado, sino tambien para que sirva de regla al porvenir. Esto es lo que se llama Filosofía de la Historia. Envanecido el presente siglo, generalizador y filosófico, con el descubrimiento de este nuevo mundo científico, se lanza todos los días á surcar sus tempestuosos mares y reconocer sus ignoradas playas; unos como osados aventureros, pocos como pilotos expertos.

A pesar de ser este estudio nuevo, tener pocos principios fijos y permanecer aún en estado rudimentario, no seré yo quien le niegue un honroso puesto en la Academia de las ciencias. Porque como ciencia la han reconocido publicistas eminentes y ortodoxos; porque si ciencia es la que tiene principios fijos, la que investiga las causas en sus efectos, los combina y enlaza y forma un todo racional y filosófico, la Filosofía de la Historia es verdadera ciencia, descansa como toda la que quiere este honroso dictado sobre la verdad católica, y tiene inconcusos principios que demuestra el análisis de la Historia. Un Dios pródigo, sabio, bueno y justo que rige el mundo segun las leyes de sus atributos; y en armonía con la libertad humana,

ved la base principal. Un Dios que castiga á las naciones y las premia, sabiendo sacar bienes de los males, igualmente que el hombre solicitado por dos fuerzas opuestas, la razon y las pasiones, obrando en conformidad de aquélla miéntas no se deje dominar por éstas, ved las más inmediatas consecuencias. La Teodicea y la Psicología que estudian á Dios y al hombre la prestan sus respectivos principios; la Revelacion, hecho grande que llena el mundo, la da finalmente la clave de los grandes acontecimientos históricos.

Un escritor contemporáneo, cuya inmensa ciencia admiro, cuyo sagrado carácter respeto, para negarla el derecho de llamarse ciencia, ha formulado objeciones que en mi pobre criterio no tienen la fuerza que él les concede. Convengo con él en que las teorías racionalistas formuladas *à priori*, para determinar las leyes por que se rige la humanidad en su marcha á través del tiempo, son absurdas é irracionales, que en vez de deducirse de los hechos los fuerzan á plegarse á un plan ideal y preconcebido; pero negar que existen esas leyes, afirmar la imposibilidad de hallarlas en que se encuentra la razon humana, es destruir la Filosofia de la Historia por su base, quitar toda importancia á sus estudios y relegarla á la categoría de una especulacion pueril ó teoría conjetural.

Sienta como razon de su negativa que los elementos fundamentales de la Filosofia de la Historia son la providencia divina, la libertad humana y su mútuo enlace, y que siendo desconocidos los planes de la primera, no sujetas á reglas las determinaciones de la segunda, estos estudios no alcanzarán nunca más que una mera probabilidad. Pero, en primer lugar, para asentar los principios de una ciencia no es necesario comprenderlos y agotar su nocion, porque entónces dejaria de ser ciencia la Teología cuyo objeto es Dios y sus divinos atributos de los que poco ó nada comprendemos, ni las ciencias físicas de las que siempre y sobre todo en su infancia son pocos los principios demostrables de los muchos por que la naturaleza se rige.

Además, en las ciencias de observacion no es absolutamente indispensable averiguar la última razon de las cosas. Se observa un fenómeno invariable y sin poder encontrar las infinitas

causas ocultas que le producen; escogemos alguna conocida y constante, si existe, y la establecemos por principio. Del mismo modo ignoramos casi todas las leyes de la Providencia, el problema de la conciliación de la voluntad divina con la libertad humana, no podemos prever las determinaciones de esta última, y sin embargo, al observar que estos agentes, durante cuarenta siglos, al encontrarse en iguales condiciones, siempre han obrado del mismo modo, podremos establecer una ley. Será una ley cuyo opuesto no repugna metafísicamente, pero es una ley cuya certidumbre es eminentemente filosófica. Si se pregunta ahora; luego ¿será lícito á la Filosofía de la Historia, cuando se haya perfeccionado, penetrar en las oscuras regiones del porvenir y marcar el derrotero que habrán de seguir los pueblos? Se responde, no: el pasado está bajo el imperio de la razón humana, el porvenir está reservado á Dios. Los planes de la Providencia, despues de realizados, pueden sernos conocidos, podemos saber las leyes de la historia pasada como reglas sábias é instructivas para el presente y el porvenir; pero siempre serán proposiciones hipotéticas, cuando se trate de los siglos que vendrán, y solamente aplicables á ellos, si se encuentran en las mismas condiciones de los siglos que les precedieron; suposición absurda en la infinidad de causas y multitud de combinaciones con que obraran sobre una generación, cuyos descubrimientos en el orden material, por lo regular fortuitos, y cuya cultura intelectual no podemos adivinar.

Así que tampoco nada más absurdo como querer encontrar una ley única que presida el movimiento sucesivo de la humanidad y explique todos los acontecimientos, como pretenden los racionalistas y como exigen á estos estudios los que miéntras tanto no quieren concederles el rango de ciencia; sólo Dios puede saber, qué ley es esa, única y simplicísima que rige el mundo moral, así como la ley primera y universal causa de los fenómenos de la naturaleza física; á nosotros bástanos para establecer una ciencia, algunas, aunque pocas de las leyes que se derivan de la suprema que preside uno y otro orden. Querer que la Filosofía de la Historia, para ser ciencia reduzca á una y simplicísima ley la razón de todos los hechos, el secreto de las diferentes fases del mundo, es querer

el ideal de la ciencia, pero de la ciencia de Dios que es simplicísima; es un satánico empeño de las escuelas racionalistas; nosotros nos contentamos con acercarnos lo posible á él, sintetizando causas y leyes y mirando el mundo desde el más alto punto de vista posible; y si á esto se llama, como pretenden algunos, hacer historia filosófica, no sé por qué no se ha de poder llamar también Filosofía de la Historia (1).

Fijada su noción, estudiemos brevemente su nacimiento y progresos. Y con orgullo lo digo, esta ciencia como todas no es posible sino dentro de la idea católica, nació con ella y sólo sus grandes representantes la ensayaron con un éxito á que ninguno hasta ahora ha podido aspirar.

El Génesis es su fundamento, y sólo fué posible en el instante en que se supo que todos los hombres procedíamos de un solo padre, con los mismos deberes, el mismo destino, y regidos por la paternal providencia de un Dios sabio y justo. Jesucristo confirmó estas verdades. Pasemos por alto los ensayos imperfectos de San Clemente Alejandrino en sus ocho preciosos libros de los *Strómata*, donde hace servir á la ley mosaica y filosofía griega como preparaciones á la ley universal, donde asienta á la fe sobre un trono desde el que preside á todo saber, y haciendo de allí derivar todas las virtudes prácticas, armoniza las ciencias, y las desarrolla bajo el supremo dominio, Redencion y Magisterio de Dios. Este ensayo de San Clemente le perfeccionó algun tanto su discípulo en la escuela de Alejandría, el grande Orígenes, y entre sus innumerables escritos los que dicen relacion á nuestro propósito son ocho libros que escribió contra el epicúreo y astuto Celso.

Celso impugnó el cristianismo, como pudiera hacerlo un articulista de un periódico impío de nuestros días, exactamente con el mismo estilo y sobre el obligado tema de acusar á la religion católica, de oscurantismo, de enemiga de las leyes civiles, de responsable de los males del mundo y de los desastres de la política, declarando, por último, que el Estado no

(1) Es una profundísima sentencia este dicho de Gothe «que para saber alguna cosa sería preciso saberlas todas.»

debe tener ninguna religion, acogiéndolas todas como buenas ó indiferentes. Orígenes, genio colosal que á los 18 años de edad hacía enmudecer á sus maestros, para rebatir á su adversario, coge la historia en la mano y analizándola demuestra que el cristianismo no teme la comparacion con la filosofia griega, que léjos de ser enemigo de las luces, ha mejorado las costumbres públicas, influyendo poderosamente sobre la sociedad, y sobre todo, que no es doctrina perturbadora del Estado la que como la cristiana tiene un origen divino, medios y fines santos. Aquí es donde, desenvolviendo el plan divino en la Historia y haciendo entrar en él todas las instituciones humanas, demuestra la subordinacion de los poderes políticos á la soberana voluntad de Dios.

En el siglo iv. Eusebio, en su *Preparacion y demostracion Evangélica*, persigue la misma idea. Por fin, en el siglo v aparece en el cristianismo un gran hombre que habiendo leído tanto, admira como tuvo tiempo para escribir. Desde el silencio de sus estudios sabe que Alarico toma y saquea la capital del mundo, escucha un inmenso grito de queja lanzado por los defensores de la idea pagana, culpando á los cristianos de la ruina del Imperio y responsables de la venganza que se han tomado los abandonados dioses. San Agustín toma entónces la pluma, y sin dejarla de la mano escribe en 16 años, 22 libros que titula la *Ciudad de Dios*, grandioso monumento de erudicion y de sabiduría. En él presenta una enfrente de otra las dos civilizaciones que se combatian, las analiza, las compara, examina la pagana desde su origen, hace deponer como testigos en su contra á todas las naciones, entran en el proceso todos los desastres de la humanidad, todas sus ficticias grandezas, y en vista de irrecusables considerandos pronuncia sentencia de muerte contra ella, se sienta sobre su tumba, y levanta con su genio la Ciudad de Dios; y desarrollándola á través del tiempo y del espacio, de triunfos y de adversidades, bajo la contingente variedad de los sucesos humanos, hace ver en todo la mano de la Providencia que sabe convertir en bienes los males, cumpliendo siempre sus designios inmutables. San Agustín, por lo tanto, puede ser considerado como el padre de la Filosofia de la Historia, tomada ésta en su más elevada acepcion. Lástima que

en vez de perder el tiempo leyendo tanto farrago de erudición enciclopédica como hoy mancha infinitas resmas de papel blanquísimo, no nos afanásemos en explotar estos fecundos venenos de saber, uno solo de los cuales, como el que nos ocupa, hace decir al Papa Martín V: «No envidiamos á los filósofos su sabiduría, á los oradores su elocuencia, no tenemos necesidad de la penetracion de Aristóteles, del encanto persuasivo de Platon, de la prudencia de Barron, de la gravedad de Sócrates, de la autoridad de Pitágoras: él solo nos presta el genio y los estudios de todos los padres.» Despues de San Agustín nadie se hubiese atrevido á tratar un asunto que, por decirlo así, estaba agotado, si él mismo, comprendiendo el brillante talento del jóven español Orosio, no le hubiese animado á escribir *La Historia del mundo*, como contraprueba de su *Ciudad de Dios*.

Orosio obedeció á su maestro y le dedicó este trabajo complementario, verdaderamente notable; caracteriza el fondo y el estilo de su obra, un tinte melancólico, al presentar el género humano afligido sin tregua por continuas desgracias que se complace en referir, pero su idea culminante es la consideracion de la historia como una repeticion cóntinua del pecado del primer hombre; á saber, rebeliones constantes contra Dios por parte de la sociedad y castigos condignos por parte de Dios, no siendo la vida más que una senda de expiacion que prepara al hombre y le conduce á la felicidad esperada; por lo demás, nunca expresa distintas ideas que San Agustín, bien que las expone con más fuerza de raciocinio. Hablando de la accion de Dios sobre el destino de las naciones, sobre todo el imperio romano, como preparando y contribuyendo al establecimiento del cristianismo, y de éste constituyendo la unidad moral de todos los hombres en una familia, y de todos los pueblos en una patria, tiene toques originales y vigorosos.

Por este mismo tiempo floreció Salviano, presbítero de Marsella, llamado por su saber el Maestro de los Obispos, y por la energía con que deploró los males de su tiempo, el Jeremías del siglo v, los suevos, francos y visigodos, devastaban entonces las Galias, mientras los vándalos cubrian de ruinas las florecientes ciudades de España y del África, y ya no sólo los gentiles sino tambien los cristianos se quejaban de la Pro-

videncia, que perseguía la religión y la virtud, haciendo triunfar la fuerza y la barbarie. Salviano, á imitación de San Agustín, escribió ocho libros del *Gobierno de Dios*, donde justifica la Providencia en el gobierno del mundo de dos maneras; primeramente con testimonios, el raciocinio y ejemplos particulares; en segundo lugar, y esta es la parte nobilísima de su obra, con el mismo hecho de las irrupciones de los bárbaros. Examina pues á los cristianos de su tiempo, les echa en cara la relajacion de las costumbres privadas y públicas, pinta al vivo el refinamiento de sus vicios, su lascivia, su paganismo; y desprendiéndose de las preocupaciones consiguientes contra una raza cruel é invasora, encuentra en ella grandes virtudes que admirar, sobre todo sobriedad de costumbres y una rara continencia. Con este solo exámen desvanece la objeccion de un Dios protegiendo á Roma cuando es pagana y humillándola cuando se ha abrazado á la cruz; pero pasa más adelante, porque miéntas los apologistas cristianos guardaron siempre miramiento con el Imperio, Salviano descarga recios golpes contra una civilizacion gastada que no consistia más que en lujo y vicios, y vuelve los ojos hácia una raza viril que, instrumento de la justicia del cielo y dócil á la voz de la Iglesia, bien pronto ha de caer de rodillas ante el Cristo, dando origen á una nueva civilizacion y realizando el ideal del historiador cristiano con el triunfo de aquella celestial sociedad, por la cual Dios ha de gobernar el mundo.

Salviano es digno de leerse en todo tiempo, por el fondo de su obra y por el modo con que cautiva la atencion del lector: así que mereció ocupar al Congreso de sabios de Marsella reunido en 1846, y arranca á César Cantú esta exclamacion: *Tanta vida, tanta armonía, tanto movimiento en la sociedad religiosa, miéntas la sociedad política yacía muerta y desordenada. Entre los literatos gentiles hallamos frios gramáticos, retóricos charlatanes, poetas de idilios, en fin, cuanto puede unirse con la depresion moral; entre los cristianos, filósofos y políticos que agitan las cuestiones más elevadas.*

En este siglo y en el siguiente ningun historiador encontramos digno de singular mencion, excepto Teodoreto, en sus discursos sobre la Providencia.

En el siglo VII aparece San Julian, arzobispo de Toledo, que en su *Demostracion de la sexta edad*, contra los judíos, marca los grados de civilizacion del mundo hasta Jesucristo por analogia de las seis edades del hombre, y, prescindiendo de ciertas aplicaciones más ingeniosas que sólidas, es digno de figurar entre los filósofos más profundos de la Historia. Los hombres de ciencia han reconocido su mérito; y Mariana, D. Nicolás Antonio y Amador de los Rios le prodigan toda clase de elogios. Durante la llamada Edad-media cesan de agitarse estas grandes cuestiones, y las herejias que por todas partes pululan, absorben la atencion de los SS. Padres. La historia se concreta entónces á la forma narrativa, y aún en esto no tuvo poco que agradecer á los monjes la civilizacion, en un tiempo en que los hombres se cuidaban más de pelear que de escribir, y en que las irrupciones de los bárbaros, destruyendo los monumentos del pasado, obligaban á la religion á recoger los dispersos datos para que no pereziesen por completo. Sin embargo Santo Tomás, que con su profunda mirada llegó á sondear los últimos arcanos de toda ciencia, y aunque no escribió sobre historia, al demostrar un conocimiento tan grande del hombre y de Dios, al delinear tan admirablemente los elementos constitutivos de una sociedad perfectísima en su obra de *Regimine Principum*, no sólo demostró que habia estudiado al mundo, sino que podia marcar las leyes por que el mundo histórico se rige.

Confesémoslo de una vez, el genio inmortal de la Filosofia de la Historia aparece en el siglo XVII y nadie ha podido ensayar ni una imitacion del discurso de Bossuet sobre la Historia Universal; fué un acontecimiento literario que produjo una revolucion en el modo de tratar la Historia, y si no tiene los honores de Padre de ella, hizo el verdadero prodigio de resucitar, sacar del sepulcro del olvido y vestir con las hermosas galas de una persuasiva elocuencia á la que siglos tenian cubierta con el sudario del desprecio. No nos atreveríamos á hacer un resumen de su trabajo si el obispo de Meaux no nos quitase la pluma de la mano para trazarle él mismo en el siguiente pasaje: «Los imperios del mundo sirvieron á la religion y á la conservacion del pueblo de Dios: por eso el mismo Dios, que por me-

dio de sus profetas anunciaba de antemano los diferentes estados de su pueblo, los hacía profetizar también la sucesión de los imperios. Habeis visto los pasajes en que Nabucodonosor fué señalado de antemano, como el que debía venir para castigar á los pueblos soberbios, y principalmente al pueblo judío ingrato para con su Autor. Habies oido nombrar á Ciro 200 años ántes de su nacimiento, como el hombre destinado para restaurar el pueblo de Dios y castigar el orgullo de Babilonia. La ruina de Ninive no fué predicha con menor claridad. Daniél en sus admirables visiones ha hecho pasar ante nuestros ojos instantáneamente el imperio de Babilonia, el de los Medos y Persas, de Alejandro y de los griegos. Véuse allí caer unos en pos de otros esos famosos imperios, y el nuevo imperio que Jesucristo debía establecer, encuéntrase allí marcado tan expresamente con sus propios caractéres, que no es posible desconocerlo y que debe subsistir en medio de las ruinas de los otros y al cual únicamente se promete la eternidad. Roma ha sentido la mano de Dios y llega á ser como los demás un ejemplo de su justicia: purgada por medio de sus desastres de los restos de la idolatría, no subsiste sino por el cristianismo y para el cristianismo que anuncia el Universo.

Bossuet, pues, señala al Sinái y al Calvario como centro de gravitacion en rededor de los que, los siglos trazan sus órbitas y desde donde Dios empuña las riendas del mundo. La grandeza de este golpe de vista con que contempla el Universo le obliga á ser grande en todo, en lenguaje, en estilo, en arranques, reflexiones vastas y juicios atinados y profundos. Cambiea en toda ella, es verdad, la absoluta soberanía de Dios y sus designios que siempre se cumplen; pero no por eso, como algunos censuran, se menoscaba la actividad libre del hombre, á quien presenta como causa eficaz con sus vicios y virtudes de todos los acontecimientos, sobre todo de las vicisitudes del Imperio romano. No: un genio que conocia perfectamente la Teología y el dogma de que Dios obra en los hombres y con los hombres sin coartar su libre albedrío, un orador que en sus oraciones fúnebres engrandece los héroes por sus hechos atribuyéndoles la salvacion de las naciones, y habla de tiranos absolutos de voluntad de hierro que nada dejan que hacer á la for-

tuna (1), al mismo tiempo que representa á Dios en lo más alto de los cielos sacudiendo y derrumbando tronos, precipitando todo lo que se le resiste, quien tan admirablemente armoniza estas dos fuerzas misteriosas, pero no desconocidas, y las hace marchar paralelas á conseguir su resultado, no puede ser acusado de fatalista. El que quiera estudiar al autor de las *Variaciones*, el que desee ver felizmente aplicado su sistema á hechos concretos, medite sus célebres oraciones fúnebres. Verá sobre todo en la oracion dedicada á la reina de Inglaterra demostrado, que Dios sólo comunica el poder á los príncipes para bien de los pueblos y para que de él usen en el cumplimiento de los designios divinos, y que se le quita cuando abusan, derribando los tronos más estables. Pues estas verdades emanan espontáneamente de la vida de sus protagonistas, de modo que apareciendo demostradas ántes de su aplicacion, parece que ha creado los personajes, sus hechos, su siglo y hasta los anteriores.

Triste es decirlo, desde Bossuet, la historia filosófica fué explotada por la incredulidad y la enciclopedia, que á mansalva pudieron corromper, y haciéndola servir á sus depravados fines producir la más impura y sangrienta tragedia. El racionalismo moderno no olvidó la leccion, y en sus sistemas absurdos establece leyes fatalistas á la historia con el fin de suprimir á Dios en el mundo real, así como le suprime en el orden de las ideas. Mas nuevos adalides católicos, inspirándose en San Agustín y Bossuet, descendieron á la arena y reintegraron completamente los fueros de la Providencia en el gobierno del mundo.

Al ilustre conde De-Maistre, eminente político, crítico y filósofo, corresponde la gloria de ser el caudillo que con su ejemplo ha suscitado tantos campeones como tras él han peleado las batallas del Señor, distinguiéndose todos sus escritos por la gran elevacion de ideas y el alto criterio con que resuelve los más intrincados problemas: se puede afirmar que su carácter dominante es el del filósofo profundo de la histo-

(1) Dice esto de Cromvell en la oracion dedicada á Enriqueta.

ria. Este carácter tiene su *Ensayo sobre el principio generador de las constituciones políticas y otras instituciones humanas*, además *El Papa* al que considera en sus relaciones con la Iglesia, con los reyes temporales y con la civilización de los pueblos. Discurriendo sobre este asunto y sobre el poder de la Religión en el hombre, en la virtud y en la ciencia, es verdaderamente sublime como dice Bonald. Sin embargo, su más notable obra es las *Veladas de San Petersburgo*. En ellas, según confesión propia, se propone sondear hasta dónde es posible el conjunto de caminos de la Providencia en el gobierno del mundo moral, y tan felizmente lleva á cima su titánica empresa, que no se le puede tachar de temerario. En verdad que le ilumina la fe, le conduce el genio, San Agustín le da parte del trabajo hecho en su *Ciudad de Dios*; cuyo primer libro aprovecha casi íntegro, mas él sabe combinar las pruebas, robustecerlas y amplificarlas con tal ingenio que tiene todo el mérito de la originalidad. Después de una notable definición del bien y del mal, responde á la queja que se dirige á la Providencia sobre la prosperidad aparente del crimen, y desgracias que sobrevienen á la virtud en esta vida; y afirmando que ningún hombre es castigado como justo sino como hombre, que la prosperidad es condición necesaria de la virtud, no del hombre virtuoso, que si éste sufre es porque no es absolutamente justo, para examinar el pecado original, el origen de la sociedad, la universalidad de la oración, las causas de la guerra, recorre la historia del mundo y de la Iglesia, la sintetiza, y haciendo de ésta el ideal de toda asociación perfecta, de toda ley justa, de toda ciencia de gobierno, llámala el anillo que enlaza la sociedad primitiva con las modernas entre sí, y la presente vida con la eterna. Como se ve por este resumen de las *Veladas*, no existe orden lógico en sus ideas, y efectivamente, las transiciones son bruscas, pero domina en toda la obra el pensamiento de que el mundo es un inmenso altar donde todo debe ser inmolado en perpétua expiación del mal causado por la libertad humana. Balanche trató de imitar al conde De-Maistre y consideró el mundo como una ciudad de expiación donde el género humano continuamente cae y por el dolor se rehabilita. Contemporáneos de De-Maistre son Bonald y Chateau-

briand; prestaron buenos servicios á la religion, pero contemplan la Historia desde horizontes reducidos.

Podria detenerme en el exámen de estos filósofos de la Historia y de otros ménos principales, empero supongo que no son del todo desconocidos, y sobre fatigar vuestra atencion con prolijos detalles impropios de un discurso, temeria ofender vuestra ilustracion citando nombres propios modernos. Hurter y el conde de Stolberg, Schleger y el Doctor Sepp en Alemania, Rous-Lavergue, Offels, Stabates Frère y Leroy con Montelambert en Francia, son los que más detenidamente han ilustrado la historia en su parte filosófica, prestando buenos servicios á la religion. Detrás de éstos marchan, cual soldados de línea, innumerables escritores católicos que van arrollando las falanges de impíos racionalistas que habian invadido el campo de la Historia. Tras aquéllos forman como cuerpos auxiliares las revistas católicas de primer orden, los pulpitos más altos de la cristiandad donde, Frasinous, Raulica, Lacordaire y el P. Félix, han desarrollado temas profundísimos sobre el hombre histórico y social, y finalmente la apología moderna, arma de precision ofensiva y defensiva que responde á las exigencias de la táctica impia de este siglo. España, que siempre contó varones eminentes entre sus hijos en todas las ciencias, hoy puede tambien nombrarlos muy ilustres en ésta. Tales son el P. Alvarado, conocido por el pseudónimo del filósofo Rancio, hombre de gran talento y mucho saber, que en sus *Cartas Aristotéticas* adelantó contra las modernas doctrinas previsiones que se han realizado; el presbítero D. Jaime Balmes, de universal nombradía; Donoso Cortés y el prelado ilustre P. Ceferino Gonzalez. Nadie que de ilustrado se precie está dispensado de conocer los escritos de estos tres últimos. Así que nada diré del *Criterio*, librito de oro que sin pretensiones, vale por abultados infoliums; del *Protestantismo* que ha dispensado á cualquier talento por profundo, de escribir sobre las causas de la verdadera civilizacion, sus elementos, su filiacion y su genuino representante. Lástima que el marqués de Valdegamas, á vuelta de grandes verdades, haya incurrido en grandes errores en sus primeros escritos. Mas reparó con creces sus pasados extravíos, y ya al entrar en la Academia pronunció un discurso sobre

La Biblia y el Cristianismo del que es una magnífica epopeya. Su ensayo sobre el *Catolicismo, el liberalismo y el socialismo* es la *Ciudad de Dios* de los tiempos modernos.

Después de haber expuesto, aunque brevemente, esos grandiosos planes de la Historia concebidos por el genio católico, contrista sobremanera haber de penetrar en los áridos campos del error, respirar su viciada atmósfera, para examinar, si quiera sea de pasada, sus menguadas teorías. Estas, tocante á la historia, no siendo más que consecuencias prácticas de errores en filosofía y en religion, y dividiéndose los que la verdad impugnan en dos grandes bandos, sistemáticos y no sistemáticos, pueden considerarse divididas en dos grandes escuelas históricas. Primera: la de los que siguen y explican por una teoría falsa y sistemática el curso de los sucesos humanos. Segunda: la de los que no tiene criterio fijo, pero con ánimo hostil á la verdad, explican los hechos; y ora incrédulos de la enciclopedia, juzgan sin narrar y condenan sin juzgar todo lo que de providencial se encuentra en la Historia, arrojando lodo sobre lo más sagrado; ora doctrinarios, llenos de preocupaciones, y dejándose llevar por todo viento de doctrina, alaban una cosa y la censuran, toman de todos los errores, desfloran todas las verdades y forman un conjunto híbrido y monstruoso, ya finalmente, hipócritas cobardes que sin atacar de frente á la verdad, la suprimen, ó pasan de corrida, ó no dan importancia á naciones, acontecimientos y personajes, instrumentos especiales del poder y la gloria de Dios.

Habiéndoles arrebatado ya la gloria que se atribuían de ser los inventores de una ciencia nueva, examinemos la suya y convenzámosles de error y de ignorancia.

De la primera escuela, los que nos salen primero al paso son los pantesistas. No pretendo entender su laberíntico lenguaje, porque sospecho que ni ellos le entienden; sin embargo, condensaré en breves palabras sus teorías en lo que se refiere á mi asunto. Fichte, jefe de la escuela idealística, afirma que Dios sólo existe en la conciencia, y que es una idea perjudicial y absurda concebirle fuera de nosotros como creador y remunerador. No existe más que el Yo, empero hay que cumplir las exigencias del Yo, que son los deberes. Para esto

es preciso creer que estos deberes se pueden realizar exteriormente, y de aquí suponer la existencia de otros individuos, aunque realmente no existan. Sin la noción del Estado ó de la sociedad, no puede existir noción de derechos en la conciencia. La vida del universo no es más que un desenvolvimiento psicológico de la razón y de la conciencia. Así que primero domina el instinto en la Historia, infancia de los pueblos: lucha de la razón con la autoridad que llega á dominar y que es dominada á su vez, y entónces sobreviene el reinado del mal y del pecado, desarróllase completamente la razón, y causa la destrucción del mal y el advenimiento de la felicidad suprema. Cuando el hombre obra el mal y aborrece el bien, no los estima como son; sino viéndolos bajo la razón de agradables y desagradables, cede á los instintos naturales que influyen necesariamente sobre el hombre.

Diga ahora el sentido comun si se puede fundar una historia universal razonada, sobre la base de un sistema que niega la existencia real del mundo físico, la culpabilidad humana, que no determina el principio ni el fin del hombre, ni la distincion entre Dios y la razón, y nos concede una razón que crea á Dios y al mundo, pero de una manera necesaria, pues le es imposible crearlos bajo otras leyes que las que les rigen.

Schelling pretendió destruir el idealismo de Fichte, é identificó á Dios con la naturaleza. Este es el fundamento de la existencia de Dios, y Dios es consustancial con el espíritu. Las leyes del universo físico y moral son reflejo de las leyes necesarias porque Dios se desarrolla. Este Dios se desenvuelve en el mundo en tres períodos históricos de tiempo; en el primero como poder ciego é inflexible; en el segundo como realizando la naturaleza á cuya obra concurre necesariamente toda voluntad y toda libertad como con una necesidad mecánica; en el tercero lucirá una aurora de paz y de justicia, mas no se sabe cuándo. Y miéntas tanto aparece esa soñada era, ¿será cierto, como dice este poeta de la filosofía, que no sabremos justificar el imperio de la fatalidad y de la naturaleza? ¿No es esto declarar que la filosofía de la historia es imposible y absurda miéntas tanto, sin que se pueda hallar otra razón de los acontecimientos, que esa doble y sucesiva fuerza que esteriliza

toda actividad humana? Si Dios, el hombre y la naturaleza se confunden en el *absoluto*, y éste gira y se agita necesariamente; ¿dónde las relaciones de uno con otro, dónde los deberes; dónde la libertad, la moralidad y la Providencia?

Hegel, jefe de la escuela filosófico-histórica, dejando de considerar á Dios como inmóvil en su absoluta identidad, también le obliga á desenvolverse necesariamente, y en su desarrollo constituye los diversos órdenes de seres. La historia del Universo contiene todo sér, vida, moralidad y religion, consideradas en sus múltiples formas. El Universo, y por consiguiente, la historia, no es más que el desenvolvimiento de la *Idea*, en la lógica, en la naturaleza y en el espíritu. La *Idea* es todo, Dios es la *Idea*, luego todo es Dios. Dios para llegar á existir por sí, es preciso que se revele y encarne por sus manifestaciones sucesivas. Las religiones no son, pues, sino diferentes, sucesivas y necesarias determinaciones de Dios; mas hasta ahora ninguna es completa. Así que Dios no está todo enteró en las conocidas, sin embargo, de que la cristiana es la ménos imperfecta. La *Idea* ó el alma del mundo se manifiesta bajo cuatro aspectos; primero, una, sustancial, idéntica en el Oriente, porque allí el hombre desaparece bajo el poder infinito y ocasiona la Teocracia. Segundo aspecto de la *Idea*: individual, variada y activa en Grecia. Tercer aspecto, las dos luchando entre sí en Roma, y el cuarto aspecto de la idea es el resultado de esta lucha ó el retorno á la *Idea*, una, armónica, que se manifiesta en las naciones germánicas, y es cuando se concilia la unidad divina con la naturaleza humana, dimanando libertad, verdad y moralidad. Dejando á un lado las contradicciones y falta de sentido comun que brilla en estas lucubraciones, ¿qué consecuencias de ellas se siguen en el órden religioso, moral y político? En el órden religioso que no hay Dios, pues que para llegar á serlo necesita desenvolverse en sus diversas manifestaciones, además contradiciéndose afirma que todas las cosas son Dios, como evoluciones que son de Dios, y que el espíritu humano realiza y se convierte en Dios. Por tanto todas las religiones son buenas como manifestaciones necesarias de la *Idea*. En moral tendremos que renunciar á la noción de libertad humana, pues todas las

acciones, todas las leyes y costumbres son evoluciones necesarias de la *Idea*, y por consecuencia todas santas, todas buenas, todas divinas. Finalmente en política, si es cierto que los diferentes Estados que se sucedan son progresivas y necesarias determinaciones de la *Idea*, cuando una civilización, una raza conquista á otra, es porque representa un grado superior de la *Idea*. De este modo el sable es el emblema del derecho, la tiranía un estado más perfecto, la invasión de Genserico en África y la irrupción de los sarracenos en España fueron un progreso y una encarnación más perfecta de Dios. ¡Y simpatizan con el panteísmo los que hoy hacen alarde de fiera independencia y vociferan á todas horas libertad!

Mal que pese al krausismo, le incluiremos entre los sistemas panteístas, porque cualquier artículo fundamental de su credo lo es á todas luces, por ejemplo su definición de Dios, porque se lo ha demostrado hasta la evidencia, entre otros escritores, el eminente filósofo D. Juan Manuel Ortí y Lara (1). Así que en el programa de Krause no había de faltar su Trinidad, sus manifestaciones eternas é increadas en la Naturaleza, Espíritu y Humanidad, pero una humanidad *un todo infinito en su género*. Sólo que el krausismo tuvo el mal gusto de ridiculizar demasiado su engendro, inventando, por inventar algo, una primera edad *embronaria* en que dormitaba el género humano, una segunda edad que no envejece, y una tercera de oro como aquella que describió D. Quijote á los cabreros, porque en ella «los pueblos viven en paz, y ya no levantan más que ejércitos de trabajadores, que atacan los desiertos, las lagunas, las montañas y los ríos, que se aplican á fertilizar el suelo, embellecer el globo y templar los climas. Las relaciones internacionales serán entonces regidas por el derecho como las relaciones privadas de los ciudadanos. *La federación* aplicada á pueblos y continentes reúne en un solo haz toda la población del globo (2).» Esa edad dichosa no se sabe cuándo llegará y quiénes serán los felices mortales que la gocen, bien

(1) *Krause y sus discípulos convictos de panteísmo*. Madrid, 1873.

(2) Tiberghien. *Introduction à la Philosophie*.

que no sabemos tampoco si ese será el fin último del hombre, porque también se habla de que debe nacer y renacer y recorrer infinitos mundos de la humanidad, como por una eterna serie de vivificaciones progresivas, hasta la unión con Dios. Krause no tendrá el mérito de ser el primero que ha fantaseado un reino milenarío, ni tampoco de haber hecho trasmigrar los hombres de astro en astro, pero á su genio inmortal es debida la estupenda invención de un número infinito de cuerpos y un número infinito de espíritus, y en cada cuerpo un número infinito de encarnaciones, desde la categoría del bruto hasta la omnisciencia de Dios. Si Krause hubiese tenido paciencia de sumar estos números infinitos, no sabemos qué nombre hubiese dado al resultado.

No nos cansemos en examinar los sistemas de Strauss, Spinoza, Salvador, Arhens, Leranss, porque son variaciones sobre el mismo tema.

Pertenece á la segunda escuela en que hemos clasificado las heterodoxas, la Enciclopédica del siglo XVIII, que segun Gaume no fué más que el racionalismo en el órden filosófico, el naturalismo en el religioso y el sensualismo en el moral. Fué la resurrección de todos los errores que desde la cuna del cristianismo combatieron á la Iglesia, la negación paladina de Dios, y la anarquía en la sociedad, propagado todo de viva voz y por escrito, en el teatro y en la cátedra, en ligero folleto y en los abultados tomos de la Enciclopedia, resultando como comentario digno de esas doctrinas la revolución que ensangrentó las ciudades de la Francia. También uno de sus corifeos escribió un libro que se le antojó llamar *Filosofía de la Historia*, y, entre bufonadas y chocarrerías, negó Voltaire la unidad del género humano, afirmó la invención del lenguaje y de la sociedad, le parecieron sublimes la idolatría y el panteísmo antiguo, más civilizados los salvajes de la Laponia que los pueblos cristianos; y como si sus lectores careciesen de sentido comun, barajó sofistas antiguos y teólogos de la Edad-media, poniendo éstos muy por bajo de los otros. Rousseau, su digno compañero además del conocido *Contrato social* que no es sino una apología del salvajismo, escribe otro libro, sienta como tésis inconcusa, que el hombre que piensa es

un animal depravado, y pone por título á su engendro, *Discursos sobre la economía política*. ¿Qué ciencia filosófica histórica se podía fundar sobre tanto error é ignorancia? Mucho se propagaron en todos los países estas perversas doctrinas, mas para conocer su superficialidad, basta saber que Chateaubriand las desvaneció y relegó al olvido con unos cuantos poemas sobre la belleza de la Religión.

Sigue la escuela ecléctica representada por Cousin, que fluctuante entre el espiritualismo y el panteísmo, inventó una filosofía compuesta de absurdos y contradictorios principios. Es panteísta hablando de Dios, otras veces es dogmático, hasta admitir toda la verdad del Evangelio; todo lo defiende á un tiempo y todo lo niega, nada niega rotundamente, ni nada absolutamente concede; es un sistema antifilosófico, escéptico é infecundo para cimentar ninguna ciencia; así que definiendo la historia dice que es una geoflexible, el psicologismo, puesto en acción la verdad incommetria impleta que se va depurando sucesivamente, y ni se puede negar á ningún sistema por absurdo los honores de la verdad, ni la verdad puede encontrarse hasta el último período de la Historia.

Entre los escritores de esta escuela, pueden contarse todos los partidarios del justo medio, y como sus más caracterizados representantes, Guizot, que quiso conciliar el protestantismo con el catolicismo, y Thiers algun tanto fatalista.

El italiano Vico, si en su *Ciencia nueva* no hubiese incurrido en graves errores, sería digno de figurar al lado de Bossuet, pero sienta la insegura base de que la marcha progresiva del mundo no es sino consecuencia de las evoluciones de la razón: que la primera idea de Dios procede del terror con que el hombre primitivo y salvaje escuchó el trueno y la tempestad, *Primos Deos fecit timor* de Petronio, y que la humanidad invariablemente recorre tres períodos; período divino de relación con Dios, con gobiernos teocráticos; período heroico, en que domina el sentimiento y la imaginación, con gobiernos teocráticos, y período humano resultado de una fuerza reflexiva, época de los monarcas. Después de esto pasa el hombre otra vez al estado de la naturaleza y así recorre circularmente estos tres períodos. Unas preguntas cuya res-

puesta ha dado ya la ciencia, desvanecen este sistema. ¿Es posible que el hombre por sí mismo pase del estado salvaje al civilizado? ¿Pará temer á Dios no es preciso conocerle ántes? ¿El Japon, la China y la Rusia han recorrido estas tres épocas históricas? ¿Dónde la libertad del hombre en el sistema de Vico, si no puede detenerse en su camino, y la civilizacion tiene irremediabilmente que conducir otra vez á la barbarie?

Reduciendo, pues, ahora Panteismo Enciclopedia y Eclesiasticismo, en la parte que le quepa, á una sola escuela racionalista, la condenamos de impotencia para marcar las leyes de la historia y para dar soluciones á las interesantes cuestiones de la ciencia; condenamos su método por falso y falsificador, y tachamos sus resultados de mezquinos é imaginarios en teoría, y desastrosos á la sociedad en el terreno de los hechos. A la verdad, para estudiar las leyes y actos del drama humano, lo primero que se necesita es conocer al protagonista, el lugar de la escena y el fin ó desenlace. Pues para todas estas nociones no tiene la ciencia profana una solucion categórica. Presenta, pues, al hombre en escena sin decirnos quién es, de dónde viene y cómo obra, y como el personaje no sepa responder por sí mismo, quién le ha introducido aquí, ni el papel que tiene que representar, se lo preguntamos á los sabios de la escuela. ¿El hombre es una cosa con Dios, es eterno, ha sido criado, se diferencia del mundo, que pisa con sus plantas? La Sibila entónces, responde desde el fondo de su antro estas inteligibles frases: *Las cosas vienen á ser en fuerza de la lucha del Yo y del no Yo*, y si no agrada esta respuesta, pronto se escuchará otra: «La naturaleza y el espíritu son á la vez finitos é infinitos» (1) «el mundo no está fuera de Dios, sino que es una determinacion divina» (2). Pues si todo esto se confunde con Dios; si todas las cosas son necesarias determinaciones del *absoluto* ó de la *Idea*, si ésta todo lo invade, todo lo absorbe, no preguntemos al oráculo, qué libertad queda al hombre, ni cómo la ejercita, qué responsabilidad ni qué mé-

(1) Arhens. *Cours de Phil.*

(2) Tiberghien. *Mss quisse.*

rito tienen sus actos, que siendo actos del mismo Dios necesariamente han de ser buenos. Sigamos interrogando á la Sibila. ¿Se puede saber algo sobre el origen del mundo, su edad aproximada y la historia de la aparicion en él de los primeros hombres? En vano aguardaremos respuesta á una pregunta tan importuna y tan curiosa: á un Dios no se le pregunta por su génesis. Consultémosla por última vez: como los medios deben subordinarse á un fin, para averiguar las leyes por que Dios rige á los seres inteligentes, deseamos saber ¿qué destino tiene reservado al hombre, á dónde camina éste? Su destino está en la tierra, dirá imitando el tono de la voz de Hegel; encarna sucesivamente, contestará por Leroux, y corrigiéndose á sí mismo como si se hubiese equivocado, dirá con Krause: « el camino del hombre es sobrado largo para nacer y renacer y vivir infinitas veces en infinitos mundos, pero el fruto último, la posesion absoluta de su objeto no la alcanzará » (1). No le preguntamos más, porque no tiene solucion para ningun problema, ni para la creacion, ni para explicar los diferentes grados de cultura de los pueblos, ni el origen de la palabra, la existencia del mal y de la lucha; en fin, no sabe más que contradecirse, formar ecuaciones sin saber los datos, plantear proporciones sin dar ningun término, levantar una pretendida ciencia sobre las ruinas de toda ciencia y hasta del sentido comun.

Este resultado no podia ser fruto de un método científico, y efectivamente, el racionalismo empleó el que está en oposicion con la Filosofia de la Historia. Método falso; por que tratándose de inquirir las leyes de ésta por el exámen y comparacion de los hechos, él las establece *à priori* incurriendo en el *petitio principii* de la lógica; y método falsificador porque de esa manera forjándose una teoría acomodada á sus errores y á sus preocupaciones, fuerza á la historia y á la humanidad á marchar por el camino que le ha trazado allá en su loca fantasía, tergiversando y suprimiendo acontecimientos trascendentales. Lo que sí confesamos, es que el papel de sabio es muy fácil con este

(1) Sanz del Rio. *Ideal de la humanidad para la vida.*

procedimiento, porque con «evoluciones sucesivas» y trinidad panteística, el problema de la historia está reducido al sencillísimo de geometría, de hacer pasar una circunferencia por tres puntos.

Es además, infecundo sobremanera. Los frutos ó las semillas del racionalismo están tocadas de esterilidad, como desprendidos de árboles secos y trabajados por el gusano del error, y en todas sus teorías circulará el frío glacial de la muerte, como ramas que son no ingertas en el tronco vivo de la verdad católica. Así que sus lucubraciones históricas carecen enteramente de animación y movimiento, nada enseñan ni nada averiguan, porque el historiador *à priori*, si es permitido llamarle así, en vez de ser el sabio astrónomo que anheloso combinando observaciones, lleno de gozo entrevé la ley del curso de una estrella, es el estudiante que con el mapa sideral en la mano va marcando en el cielo la forma de las constelaciones. Con estas máximas fatalistas desaparecen de la historia los grandes hombres, los caracteres, las situaciones críticas, el poder del genio, de la guerra y de la diplomacia, hasta el genio del mal que bate sus negras alas sobre los infortunados pueblos y los impulsa á la acción y la lucha. Con esta teoría caen en el ridículo los más santos afectos, el entusiasmo y la virtud, el patriotismo y el sacrificio, y en estos historiadores no se encontrará ni una palabra de censura para el crimen, ni un saludo entusiasta para el héroe, sino tal vez una sonrisa de compasión y desprecio, al narrar los esfuerzos de un pueblo por sacudir su yugo, y al ver la generosa sangre vertida por su independencia. Tampoco busquemos belleza en donde no puede haber variedad. Sin libertad en el hombre, como elemento vario, y sin Providencia como verdad inmóvil, esto es, suprimiendo el cielo y la tierra, el querer hacer historia amena, es pretender pintar un paisaje sin azulado cielo, sin accidentes en la naturaleza y sin un sol que aunque inmóvil, le ilumina, ya con los templados rayos de la aurora, ya con los vivos resplandores del medio día.

Ultimamente, acusamos al racionalismo que se jacta de la ley del progreso indefinido, de llevar á la sociedad con sus teorías, al caos y la disolución. En este capítulo de acusación ya tiene formado el proceso, porque examinando el génesis de

esas doctrinas, que han brillado con el resplandor del incendio y de la muerte de nuestros días, se ha descubierto que son hijas del materialismo grosero de Buchner y Moleschott, y este á su vez hijo legítimo del panteísmo histórico que diviniza la materia como evolucion necesaria de la *Idea-Dios*.

Trazados, aunque imperfectamente, el origen y progresos de la Filosofía de la Historia en el campo de la verdad y del error, habiendo podido apreciar ya las condiciones de solidez de la ciencia cristiana, al mismo tiempo que la ruinosa base de la teoría racionalista, hora es ya de que dirijamos una mirada de admiracion y respeto al edificio científico levantado en honor de Dios y su Iglesia por los genios católicos, examinando sus adelantos y sus leyes descubiertas.

La ciencia cristiana escribe sobre dos grandes bases incommovibles no establecidas *à priori*, sino demostradas hasta la evidencia como hemos visto, por los santos Padres y sabios católicos que han meditado la Historia. Estas dos columnas son la Providencia de Dios y la libertad del hombre, obrando de consuno sin contradecirse ni oponerse. La existencia de estas dos fuerzas, para mayor seguridad, la demuestra el raciocinio y revela la fe, siendo ambas los elementos generadores de la ciencia histórica. Para que ésta no degenera, ni en una demostracion geométrica, ni en un análisis absurdo, ha de obedecer á estas dos fuerzas: la unidad representada por las leyes inmutables del Altísimo, pues sin unidad no puede haber conjunto, ni enlace, ni síntesis, ni ciencia; y la variedad expresada por la libertad humana, que representa el movimiento, factores distintos entre sí, y no completamente desconocidos. Sin mirar á estos dos polos la ciencia se pierde, sin punto de partida, de término y sin movimiento, no puede haber progreso; sin Providencia impera en Historia el acaso, sin libre albedrío resulta la ciega necesidad. Estos datos son ciertos, ¿pero quién puede conocer las leyes de la Providencia, y cómo?

Estudiando el género humano, pues los arcanos de Dios se nos demuestran en sus obras *Invisibilia mundi, per ea quæ facta sunt, intellecta conspiciuntur* que dice San Pablo; porque así como descubrimos las leyes de la naturaleza por la atenta observacion de sus efectos, de la misma manera Dios no puede

ménos de manifestarnos sus planes invariables por la dirección que traza el mundo moral. ¿Luego entónces el mundo ha de seguir este curso invariablemente? Sí, respondemos. ¿Luego le seguirá necesariamente? No. ¿Por qué? Porque estudiando al género humano lo mismo que al individuo, resalta en todas sus manifestaciones la libertad; porque estudiando filosóficamente los sucesos, tropezamos siempre con la libertad del hombre, que ora aconsejándose de su razón, ora dejándose llevar por sus pasiones, es siempre causa única y eficaz de todos los trastornos, de todas las fases de la Historia. ¿Cómo pues se concilia la libertad del hombre con la Providencia? Este no es problema que compete á la ciencia histórica, la cual es puramente de observación; tampoco á ninguna ciencia, porque si ninguna puede decirnos cómo obran los agentes físicos, ménos puede dar la clave de cómo obra Dios en los agentes morales y libres sin destruir su esencia.

Empero sin necesidad de explicar este misterio, queda á la filosofía el espacioso campo de fijar leyes divinas, de adivinar causas humanas á todos los hechos, y siguiendo el curso de la libertad ver, como atravesando ésta tortuosos caminos sin saber el plan de Dios, á veces huyendo de él, cuando le es dado entreverle, viene á estrellarse voluntariamente contra el término que estaba prefijado. Y cosa admirable; cuanto más se estudia el hombre histórico y se profundiza é inquiera la razón de sus hechos, siguiéndole atentamente en sus extravíos y en su ceguedad, más se oscurece y se oculta la mano de la Providencia, hasta dudar, si posible fuese, de su existencia, lo que patentiza la libertad del hombre: y cuando generalizando y bajo la corteza de los hechos, buscando algo oculto, se ve de entre los errores brotar la luz que ilumina, y de la llaga manar el bálsamo que sana, y girar siempre el mundo con balances iguales, iniciando leyes inmutables y fijas, se llegue á sospechar si la humanidad anda *necesariamente* un círculo fatal trazado por el dedo de Dios; lo que pone de relieve la Providencia divina. Dije fenómeno admirable, porque en cierta manera se entreven las trazas de la sabiduría infinita, para gobernar al hombre sin hacerle violencia. El ideal, pues, de la ciencia, es adelantar en el análisis y la síntesis de la historia; es pro-

fundizar en la investigacion de las causas totales y parciales de los hechos, al mismo tiempo que llegar á un alto grado de generalizacion; y entónces, cuando marchando progresivamente ambos conocimientos se lléguen á un grado de perfeccion suma, y ambos se encuentren y se toquen, entónces se verá el enlace que existe entre la libertad y la Providencia, entónces una se explicará con otra, y el punto de union será esa ley general con tanta impaciencia buscada, para explicar todos los hechos. ¿Llegará ese instante? Ya dije al principio que es imposible en la tierra, pero eso no impide que, como á un ideal, la inteligencia finita trate de acercarse cada vez más al conocimiento de esa ley, y que constituyendo miéntas tanto un órden de investigaciones útiles para el conocimiento de Dios y del hombre, descubra algunas leyes parciales de la historia. Si la Psicología verdadera y la fe católica iluminan sus pasos, los resultados serán admirables, como hoy lo son ya. Indiquemos en un pequeño ensayo el derrotero que lleva la ciencia histórica cristiana. El origen del hombre y del mundo hay que buscarle en el Génesis, no hay otro libro que responda á esta necesidad de la historia. Justificado por esta y por la ciencia, hallamos una pareja dichosa elevada por la bondad divina á su amistad y confianza, miéntas que una desobediencia no rompa esos suaves lazos y prive al hombre y su posteridad de dones que no pertenecen á su naturaleza. Desobedeció, pues, y en el mismo instante se siente arrastrado por dos fuerzas internas, naturales y contrarias; una que le empuja hácia arriba y otra que le arrastra hácia abajo. Entónces empieza una religion, que Dios en su bondad instituye para elevarle hasta el estado perdido; aquí comienza la Providencia á gobernar el mundo. El hombre es libre y puede separarse de Dios; pero Dios es bueno y no puede abandonar su obra. La religion cristiana empezó en el paraíso, porque «el Cordero ha sido muerto desde el principio del mundo,» y Cristo, Hijo de Dios, como Dios, y como hombre por una generacion predestinada, es la luz y el rey inmortal de los siglos. La luz empieza á iluminar en el paraíso, y aumenta su brillo gradualmente. El cristianismo está en gérmen, pero es eficaz ya para salvar al hombre, y hay ley y dogma y sacramentos que curan por Cristo,

y si éste tardara, es porque Dios procede como en todo, por vía de progreso, porque sentirá el hombre la impotencia en que se halla de obrar independiente, porque sentirá la necesidad del auxilio.

Tendrá, pues, el género humano, infancia, juventud y edad viril: como niño se educa en las tradiciones que le cuentan sus seculares patriarcas. Multiplicándose los hombres se multiplican los vicios, se olvidan de su principio y de su fin. La justicia de Dios castiga al género humano con un diluvio, pero su misericordia intenta sólo volverle á la unidad, y á los principios del orden y de la justicia. Esta unidad no se rompe en las llanuras de Sennar, sino las lenguas que hablan en Babel multiplican hasta hoy los testimonios de la verdad primitiva. Léjos de conservarse los pueblos durante su juventud en estado salvaje, aparecen grandes imperios en el Oriente, Persia, Babilonia y en el Occidente Egipto. Las ciencias, artes y comercio progresan más y más, empero para que no naufrague esta turbulenta civilizacion material, pone Dios como faro un pueblo providencial y creyente allí donde el África se estrecha con el Asia, y cuyas costas son batidas por las mismas olas que azotan las playas europeas. Allí, á la raíz del Sinai, ese pueblo famoso recibe la ley escrita que nadie le ha podido arrancar de las manos, pero que providencialmente cautivo de todas las gentes, ha tenido que abrirla y explicarla en Babilonia y en la Persia, leársela á Alejandro Magno y traducírsela á los Lágidas en la lengua de los siete sabios. El espíritu de Dios y el espíritu mercantil los diseminaba por todo el mundo, y en sus más populosas ciudades levantaban cátedras de la ley. Esto no impidió que las gentes olvidasen voluntariamente la revelacion, la mezclasen con sus fábulas, y no quisiesen escuchar á estos pregoneros de la unidad de Dios y de los deberes del hombre. Pero la luz, aunque vacilante, iluminaba aún, y entre sombras resaltaba un Dios único, que era adorado por el pueblo sencillo, invocado involuntariamente en las tribulaciones, segun Tertuliano, que tenía testigos en Hus y justos entre las legiones romanas. Miéntas tanto la disolucion de costumbres de los medos es castigada por la raza persa, mas ésta corrompida despues, es humillada en Grecia, y última-

mente destruida por la predestinada raza de Jafet, representada en un capitan macedonio. La cultura griega da habitantes, dioses y leyes á una ciudad, que con su patriotismo y valor, ha de forjar cadenas para todos los pueblos unirlos en uno sólo y romper sus tradiciones nacionales al mismo tiempo que sus bosques, para dar paso á las vías que han de empezar en la ciudad de Rómulo. Roma, depositando los dioses de todas las naciones en su panteon, intentaba borrar la noción del único, y no hacia sino juntarlos todos para que pereciesen en un dia, enjendrando ántes la indiferencia religiosa que preparaba á la verdad. Este pueblo, soldado miéntas sujeta naciones y vierte su sangre, tiene virtudes, y esta ley de compensacion garantiza su existencia; pero los triunfos le dieron riquezas y orgullo; la paz, molicie y vicios abominables, y entónccs desapareciera siguiendo la ley general de las naciones, si Dios no la conservara aún para sus fines. La monarquía universal de Roma es un absurdo filosófico-histórico; pero estaba destinada para preparar el reinado universal del Cristo. El hombre-Dios ya habia aparecido allí donde la ley escrita fuera dada, habia vertido su sangre para sellar el Nuevo Testamento, y con la sangre se conquista, se espía y se prepara el goce. Però si aquella sangre se habia purificado durante cuarenta siglos con el dolor y el infortunio, si estaba unida á la persona del Verbo; ¡ah! el paraíso sonríe otra vez al género humano. Tiene que ser reversible el mérito si existe solidaridad en la culpa; y que nosotros somos solidarios de las de nuestros padres, de las cometidas por las generaciones pasadas y por todo el mundo, lo dice la experiencia, la razon y la Historia. El Cristo, pues, enseñó y satisfizo en la plenitud de los siglos, y á un rey purpurado en su sangre correspondia un séquito y una escolta de mártires. La idolatría y el despotismo, es decir, los divinos emperadores alzaron la cuchilla para matar, y no veian, que al mismo tiempo que se suicidaban, sanaban al género humano. Las víctimas del anfiteatro saludaban al morir al Dios verdadero, y aquel grito llegaba á las extremidades del mundo. El apóstol que le repetia en apartados pueblos, simpatizaba con ellos, porque eran igualmente víctimas de la sanguinaria tiranía de Roma. Un dia llegó á esta ciudad un ejército precedido de la

cruz, y sorprendiendo al paganismo en el anfiteatro, le venció; el vencedor entónces mandó el Evangelio á todo el mundo, y las naciones acostumbradas á obedecer al César le recibieron. Era, sin embargo, esta la última ley dictada desde la capital del orbe político. Constantino se fué de Roma porque una fuerza invisible le empujaba, y la Iglesia, encarnacion de la Providencia, tomaba bajo su cetro el gobierno y destinos de los pueblos. Ella los civilizó, les dió libertad, leyes justas, príncipes grandes; ella enseñó las ciencias, protegió las artes, roturó los campos de Europa, levantó hospitales, y sobre todo, les educó en la verdad y en la virtud. Pero el paganismo nunca muere, se levanta de sobre sus ruinas, retoña en todos los siglos, y disfrazándose á cada paso, se llama gnosticismo, arrianismo, reforma, independencia de la razon. La fe, con su divino foco, sigue siempre iluminando la estatua de la verdad; mas como ésta se halla colocada entre las tinieblas de la vida, produce siempre una sombra; la verdad se desarrolla y la sombra aumenta, la sombra desaparece si se aplica la antorcha al lado oscuro, pero se proyecta inmediatamente en el lado opuesto. Los pueblos libremente se colocan á la espalda ó enfrente de la cruz. Esta es la historia de todas las herejías. El Cristo y su Iglesia son tambien la vida, pues la vida intelectual es la verdad, luego el error es la muerte. El bien es la condicion del sér, luego el que obra mal se suicida, y los pueblos criminales perecen (1). Esta es toda la historia de la civilizacion, de la vida y de la muerte de los imperios. Podrán sostenerse algun tiempo por los restos de su historia, como Bizancio, por los celos de sus vecinos, como la Constantinopla moderna, porque aún no han corrido toda la escala del crimen, como la cismática Rusia; pero llega un día en que se extinguen todas las virtudes, imperan en ellos todos los vicios, y entónces sólo esperan un ejército que vendrá, no se sabe de dónde, cuyo jefe se llamará Atila, Genserico, Alboino, Meroveo, Mahoma, Molke, y castigará aquel pueblo si aún es corregible, y si lo es, le barrerá por completo y arrojará al viento sus dispersas cenizas.

(1) Prov. 14, v. 34. *Justitia elevat gentem; miseros autem facit populos peccatum*

zas. Las naciones de la Reforma aún no han perecido, porque cuentan en su seno por millones los adoradores de la verdad, porque sólo Dios sabe cuando el mal exceda en cantidad al bien, porque no ha hecho insanables á los pueblos; pero sepan que se conservan por la influencia que sin quererlo ejerce aún en ellas la Iglesia, que se sostiene en ellos la civilizacion, porque la recibieron y la conservan por la Iglesia. En seis mil años no ha dado un paso en el progreso el Oriente, sustraído á la influencia del catolicismo, y ni en seis mil años ha podido salir de la barbarie el África que no ha visto la cruz; por el contrario, gran parte del Asia, y no pequeña del África, que cuando cristianas fueran emporio de la cultura, riqueza y saber, hoy son vasta soledad, interrumpida apénas por el beduino y el árabe fugitivo.

En vano quiere aprovecharse la impiedad del estado de estos pueblos para acusar á la Providencia; porque aunque Dios los conservara en ese miserable estado, sólo para ejemplo de los demás, quedaban justificados sus juicios. Mas Dios es justo y misericordioso, sólo que no es libre en el ejercicio del primer atributo, siéndolo completamente en el del segundo. Siendo libre para repartir sus gracias, lo hace cómo y cuándo le place. Si el Asia central hasta San Francisco Javier no habia tal vez oído el Evangelio, es porque Dios en el cristianismo rige al mundo por vía de progreso. El sol de justicia despues de una larga aurora lució radiante há luégo dos mil años para los pueblos de Europa, de parte del Asia y África; cuando aún no habia acabado de fecundar, de madurar en ellos los frutos del Evangelio, vinieron á caer á los piés de la Iglesia nuevas razas suplicándole fuese su maestra, y apénas terminada su ímproba tarea de siglos, un mundo nuevo le pide misioneros que lleven la cruz á sus ardientes climas. Mas como nadie sabe cuándo termina el día de los siglos, el sol va girando é iluminará bien pronto los restos infieles de las gentes.

He nombrado la palabra progreso, y como de ella se hace hoy una ley constante de la Historia, permitídmeme que ántes de terminar diga si como tal podemos admitirla. Ya habreis observado, que en el breve diseño del poder de la Providencia que he trazado, resalta principalmente la ley de la espacion

y de la justicia divina, como la más observada y fecunda. Pudiérase también admitir la ley de la espontaneidad y reflexión despojada del sentido panteísta: esto es, que las naciones como los individuos, primero obran indeliberadamente, y por la experiencia y reflexión mejoran sus condiciones; pero es una ley incompleta, y sirve sólo para explicar hechos parciales de la historia. Admitimos también la ley del progreso, depurándola de todo error, de todo sofisma, rechazamos ante todo como irracional ese progreso indefinido, que como al juicio errante obliga al mundo á caminar eternamente, sin encontrar nunca el término que huye ante sus ojos. Desechamos asimismo como contraria á la experiencia, la teoría de que todas y cada una de las naciones avancen siempre, sin que pararse ni retroceder puedan. Tachamos de inexacta la afirmación de los que limitando la civilización á sus más dignos representantes, dicen que las naciones cultas, bajo cualquiera de sus múltiples aspectos que se la considere, constantemente progresa y se perfecciona. Es más, negamos que la civilización esté vinculada á algun pueblo por adelantado que se halle. Para sustituir ahora con afirmaciones las negaciones anteriores, decimos con la historia, apoyada por la razón y la fe, que el hombre es perfectible por su naturaleza, experimenta dentro de sí una fuerza que le impulsa al progreso, y que tendiendo á aproximarse á Dios tipo infinito, le es imposible conseguirlo mientras se arrastre por el desierto de la vida. Considerada ahora la humanidad en conjunto, se observa que los pueblos, ora avanzan, ora retroceden, unos súbitamente se colocan á la cabeza de las naciones cultas, como América, otras se estacionan como el imperio chino, y algunos se hunden en la barbarie, como los del África septentrional y del Asia Menor. Sin embargo, el progreso nunca muere, sino que reaparece sucesivamente, unas á otras se heredan las naciones, el cetro del saber pasa de mano en mano, la centella que ilumina á la razón aumenta cada vez más su brillo, y vagando de aquí á allá al parecer caprichosamente, es en realidad dirigida por Dios, y rechazada ó conservada por los pueblos. En algunas cortas épocas de la historia, parece como que se oscurece esta estrella y que el fuego sagrado se

extingue, pero sólo es un eclipse pasajero, y los carbonos se conservan encendidos entre las cenizas del templo.

El sol de la fe y de la gracia que ilumina los mundos es un astro que en su doble rotacion se traslada y sube al mismo tiempo sobre el horizonte de los siglos, hasta colocarse en su cénit y desterrar todas las sombras. ¿Cuándo llegará ese día? Si el ideal del progreso es Dios, sólo cuando las naciones se unan á Él lo posible acá en la tierra, y á su representante la Iglesia, lucirá ese momento suspirado en que todas constituirán un solo rebaño y un solo pastor. ¿Nos aproximamos á ese día? A nadie le es concedido conocer los tiempos y los momentos que el Padre puso en su potestad, pero permitid que me entregue á halagüeñas esperanzas. Hoy el mundo religioso y político se agita, y aunque no todo movimiento es progreso, es señal de vida y desasosiego. A medida que ha progresado la Iglesia, ha progresado siempre la herejía, siendo sus negaciones en diez y nueve siglos cada vez más radicales, de más transcendencia; pero todas han ido muriendo una tras otra. En el siglo xvi, en que pudiera decirse que estaba desarrollado en toda su extension el dogma, se desarrolla en toda su extension la negacion. No quedaba piedra sobre piedra del edificio católico con el libre exámen, y este corrosivo agente obrando sobre el espíritu humano durante trescientos años, despues de disolver las nociones religiosas, ha concluido por destruir las nociones vulgares de la razon. Hoy ya no se pára la desatentada razon en el escepticismo, que es una afirmacion y un punto de reposo; ha dado un paso más y ha caido en el delirio. Hoy la razon humana no está enferma de esas enfermedades crónicas que no se sabe cómo y cuándo se resuelven, está moribunda, delirante, en el último período de la crisis. O muere luégo ó sana. Pero hay una esperanza, es un delirio que pudiéramos llamar religioso. El panteísmo lo mismo que la escuela ecléctica y Sansimoniana se esfuerzan en hacer entrar como elemento necesario de civilizacion la idea religiosa.

Por otra parte, todo tiende á demostrar que se está obrando una reaccion saludable. El protestantismo ya es solo una forma política de gobierno que va perdiendo hombres y terreno:

el materialismo asomando su cabeza, plantea problemas pavorosos que hacen reflexionar al mundo. El episcopado, plebe y fieles católicos, se agrupan en derredor de la cátedra de San Pedro, y tal vez no esté lejana la hora en que conociendo los pueblos, que para el diluvio que amenaza al mundo, no hay otra arca salvadora que la Iglesia, que levantar fortalezas contra Dios es producir la confusión de Babel, y que alejarse de la Iglesia, representante de la Providencia de Dios, es ir á parar á su justicia, se humillen bajo el secular cayado del Pontífice de Roma. Entónces se abrirá una era dichosa, no porque falten dolores y miserias á la humanidad, sino porque imperará la paz, la justicia y el órden, y la Iglesia entónces, tranquila respecto á su grey, podrá enviar sus misioneros á todas partes en alas del vapor, y hacer inmensas y rápidas conquistas para el Evangelio; y así como los legionarios romanos fueron los zapadores del ejército apostólico, alabaremos una vez más á la Providencia, que de la civilizaci6n moderna divorciada de Dios, ha sabido prepararse un puente de paso para otras regiones y un arco de triunfo.

He concluido: mas permitid, caros semiuaristas, que no me sienta sin dirigiros mi desautorizada voz para excitaros al estudio. La consecuencia práctica que de lo expuesto se deduce, es que se hace preciso, no sólo saber la Historia, sino meditar en la Historia: que si la impiedad, en libros, en hojas sueltas, en folletos y en discursos, inocular constantemente por la Historia su pernicioso veneno, que si de ella destierra á Dios, la Providencia, la libertad humana, la moral, nosotros tenemos la obligaci6n de reivindicar los fueros del Criador, Conservador y Redentor, haciéndole aparecer en cada una de sus páginas, imperando sobre los siglos. Que si la impiedad inventa una ciencia, debemos demostrar que es una ciencia falsa, y si con ella forma capítulos de acusaci6n contra la raz6n y la fe, no sólo podemos argüirla de impostura y falsedad, sino levantar tambien con la historia del género humano un bello y sólido monumento de credibilidad en favor de Cristo, una brillante apología de la Iglesia, y un armonioso himno de gratitud á la Providencia.

Sean los sólidos cimientos de nuestros estudios los profun-

dos problemas de la ciencia de Dios. Demostremos que la Teología aún no ha caído de su trono, y que, habiendo sido la generadora de todas las ciencias, hoy debe ser el cauce que enfrente su dirección torcida. Al pie de la cruz vais á leer en las paredes de vuestras restauradas aulas, que Dios es nuestro maestro, el Señor de la ciencia y el arca que encierra sus ocultos tesoros. Estudiad la historia y vereis que han salido verdaderas esas palabras del Espíritu Santo. La Iglesia no sólo ha sido depositaria del saber, sino de todo saber, y que hasta há poco, nadie ha osado, enfrente de ella, vestirse la toga del magisterio. Miétras el sacerdocio lo enseñó todo, dominó al mundo, pero el día que se contentó con algunas ciencias perdió el cetro de las escuelas y el ascendiente que ejercía sobre la sociedad. Desde ese infausto día, ufana la universidad moderna porque nos enseña un poco de Física y Matemáticas, nos desprecia y nos moteja de ignorantes; y nada nos vale el reclamar, el exhibir los títulos antiguos de pertenencia, el nombrar dignos representantes de esos conocimientos que ha tenido y hoy tiene el sacerdocio. No se nos escucha. Es preciso, pues, invadir todas las esferas científicas, colocarnos en primera línea en todos sus ramos, recuperar la perdida dictadura. Hoy se nos han cerrado las universidades, los liceos, hasta las escuelas de instrucción primaria, y se nos ha relegado al presbiterio y á la sacristía. No podemos permanecer así. Nuestro círculo de acción es el mundo, y el sacerdote debe estar en todas partes, porque en todas partes se necesita la sal y la luz. Pues abrámonos paso, y allí donde se nos rechace como sacerdotes, que se nos busque como hombres de saber. Nuestro carácter, abnegación, retiro, y el género perfecto de vida que debemos tener, son una garantía de nuestro triunfo. Los que no han recibido grandes talentos; trabajen para hacerse sabios y dignos representantes de la Iglesia en sus parroquias; mas aquellos en cuya frente brille la llama del genio, renunciando á ambicionados cargos y puestos los ojos en la gloria de Dios, entréguense á una ciencia hasta dominarla y enseñarla y levantarla acaso uno de esos monumentos, que honran á la Iglesia é inmortalizan á los hombres. Teneis sabios profesores que os muestren y guíen en el camino, ex-

ceptuando el que ahora os habla, que se considera como modesto dependiente del Museo científico, para enseñar á algunos las obras maestras que éste encierra. Mas si alguno al contemplarlas siente la inspiracion en su mente y en su pecho el entusiasmo, tome el pincel y dé gloria á Dios y al sacerdocio. Teneis además un sabio Prelado cuyos desvelos para facilitaros la instruccion á la altura de las circunstancias, han empezado con su pontificado, y al que desde este sitio y en nombre de todos vosotros envío un respetuoso saludo. Finalmente, la majestad de este bello edificio del Seminario de Santa Catalina exige imperiosamente de los que en él se educan, nobles y agradecidos hijos que con sus triunfos en la ciencia le conquisten en lo sucesivo preclaros timbres.

BENITO MURUA Y LOPEZ,
Presbítero.

SECCION HISTÓRICA.

ATROPELLOS MOSCOVITAS.

Hé aquí el relato auténtico de una de las víctimas más interesantes del Gobierno moscovita, el Rdo. Padre Mielechowiez, que ha ido á Roma comisionado por el conde Plater para llevar á Su Santidad un mensaje de los sacerdotes católicos desterrados en la Siberia y en el interior de Rusia, y ha hecho la siguiente descripción de los horribles sufrimientos de sus compañeros de infortunio, y de los suyos propios:

« Predicaba en 1862 en Lublin, cuando se me detuvo y se me cerró en una prision, en medio de malhechores, por haber predicado contra el cisma en una forma verdaderamente templada. Llevado á Brzese, se me tuvo en un horrible calabozo, de donde se me echó á Tobolsk, en la Siberia. Despues de seis semanas de residencia en esta

poblacion, se me trasportó á Omsk, que está á 97 leguas, de donde despues de once meses se me hizo ir de nuevo á Tobolsk. Allí fui testigo de la miseria y de la horrible persecucion de los deportados, privados de todo auxilio religioso; tratados con la mayor dureza durante las epidemias del tifus y de la disenteria, conduciéndose á sus destierros 300 ó 400 por semana, cargados de cadenas, y muriendo cada dia de 10 á 20 en los hospitales.

» Los gemidos de las madres, las esposas y los hijos, extenuados por el hambre y víctimas del más duro tratamiento, al verlos agonizar y morir en las prisiones siberianas, no pueden describirse.

» Me dirigí ocultamente á las personas caritativas, mendigné para dulcificar un tanto la suerte de estos desgraciados deportados, les consolé, hice más de lo que pude, hasta que me atacó la epidemia, que no me dejó en cuatro meses.

» Denunciado por haber compadecido y socorrido, fui de nuevo deportado, todavía enfermo, como si fuera un malhechor, á 200 leguas de Tobolsk, en la provincia de Jeniseik. Mas despues de una corta estancia, se me hizo ir á Aizynsk, que está á 70 leguas; y apenas llegué allí, recibí la orden de residir en Minusinsk, á 50 leguas.

» Despues de dos años y medio de residencia, se me forzó, asi como á todos los eclesiásticos polacos deportados en la Siberia oriental, á ir á Tunka, en la provincia de Irkoutsk, en la frontera de Mongolia; razon por la cual se hacia imposible todo socorro religioso á los 80.000 deportados laicos, que por lo ménos allí habia. Tunka está en el centro de una comarca llena de pantanos, habitada por los buriatas, pueblo semi-salvaje: 200 sacerdotes fuimos desterrados á esta poblacion. Se nos colocó bajo las órdenes de un oficial cosaco, lugarteniente de Plotnikow, dándole facultades para prendernos, encadenarnos, hacer visitas domiciliarias de dia ó de noche; en fin, de tratarnos como quisiera, y aún de señalararnos una residencia peor.

» Cada uno de nosotros recibia por dia 20 kopeks para su mantenimiento, pagados á fin de mes. Bajo las penas más severas se nos prohibia el traje eclesiástico y celebrar el santo sacrificio de la Misa; ninguno de nosotros se atrevia á manifestarse eclesiástico; casi todas las violencias de los habitantes contra nosotros fueron toleradas. Se nos consideraba enteramente fuera de la ley.

» Crímenes horribles quedaron impunes; entre otros, el asesinato del Rdo. Pawloski en 1871, y el del Rdo. Varilewski en 1873.

» Durante siete años estuvimos expuestos á estos y toda suerte

de atentados; durante siete años luchamos con la miseria y la muerte, haciendo esfuerzos inauditos para ganarnos un pedazo de pan con el trabajo.

» En 1872 nos vinieron encima nuevas desgracias, de que fué ocasion la llamada amnistía imperial: los sacerdotes ménos comprometidos podian salir de la Siberia y fijar su residencia en el interior de Rusia: no eran más que 80 los que podian gozar del beneficio, pero á todos se nos dejaron de pagar los 20 kopeks por día, que nos proporcionaban, aunque escaso, algun alimento.

» Despues de diez y ocho meses de esta angustia, para ponernos en una situacion más desesperada, se nos trasportó á Irkonstk, durante el invierno, y despues de tenernos allí ocho días, se nos lleva á pié al interior de Rusia, mezclados con criminales, y escoltados, sin la menor consideracion á nuestras lágrimas. Esto pasó el 19 de Enero de 1873; el frio era de 35 grados Reamur. Llegamos al término de la primera jornada á las dos y media de la noche; nos acostamos enteramente inánimes sobre el suelo de la prision, infecto, y hecho en realidad una laguna.

» El Padre Slotowinski, caputhino, de 71 años de edad, dió bien pronto el último suspiro: muchos tenian los miembros helados; algunos cayeron gravemente enfermos; otros de nuestros compañeros, que iban en otros convoyes, tuvieron la misma suerte.

» Así, entre todo género de humillaciones, tratados con la mayor brutalidad, acosados como lobos, expuestos á perecer á cada paso por la más horrible miseria y sufrimientos sin nombre, anduvimos durante ocho meses en riguroso invierno, de jornada en jornada, hasta llegar al término del viaje.»

Así el poder humano, ciego por el orgullo y por la material grandeza, cae en los excesos del más brutal y repugnante despotismo; pero en ese dia comienza su degradacion y su decadencia verdadera.

APUNTES PARA LA HISTORIA DE CARTAGENA (1).

(Núm 61. — 14 de Octubre de 1873.)

EL BLOQUEO DE CARTAGENA.

Ayer mañana nuestra gloriosa escuadra cantonal, repuesta de víveres, carbon y municiones, despues del encarnizado combate del sábado, se hizo á la mar en busca de nuestros enemigos, que se encontraban bastante cerca, si bien no tanto como debieran para hacer efectivo el bloqueo, con tanta pompa segunda vez anunciado á los cónsules extranjeros por el cóntralmirante Lobo.

Los buques centralistas parecia se preparaban á la lucha; pero al primer disparo de la *Tetuan* se pusieron en precipitada fuga mar adentro á toda máquina, sufriendo la persecucion de los nuestros á más de treinta millas de la costa.

Ahora bien; ¿volverá el cóntralmirante Lobo á presentarse tercera vez con su escuadra tripulada de guardia civil y carabineros en las aguas de Cartagena? ¿Declarará tercera vez su ridiculo bloqueo?

No lo esperamos.

¡España! La razon de la fuerza, el exabrupto de la antigüedad ha querido imponernos, ha querido desgarrar el pendon sagrado de la Fraternidad y la Justicia que ondea en Cartagena, último baluarte de la República en España.

Pero su infamia no ha producido resultado; no lo hemos consentido, y han abandonado cobardemente su fatal empresa.

¿Y sabeis por qué?

No ha sido por falta de los buques, ni por falta de cañones; ha

(1) Véanse los números anteriores.

sido porque su conciencia se ha revelado contra ellos mismos, les ha llenado de pánico, y el crimen no ha podido realizarse.

El asesino más cruel, también vacila ante la calma de la víctima; porque todos los asesinos son cobardes.

Y si la virtud impone, ¿cómo nosotros, llenos de abnegación y patriotismo, no habíamos de imponernos á nuestros enemigos? ¿Cómo no habíamos de vencerlos?

Nosotros peleábamos por una idea santa, nosotros peleábamos por una causa, mientras los miserables no tenían más guía que la destrucción y la muerte, ó eran satélites de la más vergonzosa de las tiranías.

¡España! ¡España! Esta es la triste realidad de lo que aquí ha pasado; no te dejes extraviar por calumnias infames, levántate del lecho de dolor, y Cartagena, nueva Covadonga, hará la reconquista de la civilización y del progreso.

La revolución cantonal toca ya á su feliz término; y como brioso corcel se dirige á pasos agigantados al logro de la más completa victoria.

Pronto será un hecho en toda España (pese á quien pese) el planteamiento de la República democrática federal con todas sus naturales y lógicas consecuencias.

La escuadra centralista después de la derrota últimamente sufrida, convencida de su completa inutilidad é impotencia, no quiere, porque no puede ya, aceptarnos combate después de retarle á ello una y mil veces, huyendo vergonzosa y cobardemente sólo al divisar desde lejos á nuestras tan majestuosas como formidables fragatas.

La hora de la redención ha sonado: el Universo entero nos contempla, la Europa civilizada nos admira: unión, valor y decisión, y el triunfo es nuestro.

Mientras llega este feliz momento (para todos tan deseado) debemos repetir:

¡ Viva la República federal !

¡ Viva la Soberanía del pueblo !

¡ No más reyes !

¡ No más apóstatas !

¡ No más traidores !

Aunque para confirmarse la noticia de que el almirante Lobo salió gravemente herido en el combate del sábado, no podemos garantizar el hecho, por no parecernos á los periódicos centralistas que todo lo traducen á sustancia.

En prueba de lo dicho anteriormente, basta decir que en el parte oficial, publicado por toda la prensa, se decía que el *Fernando el Católico* (hoy *Despertador*), habia sido presa de la armada central.

¿Qué dirán del día de ayer? Afortunadamente el parte de los Consules hará comprender de una vez al pueblo de la miserable manera que se le engaña.

Al huir las fragatas centralistas, recordamos aquel soldado fanfarron que al echar á correr á la primera descarga, y ser preguntado que dónde tenía el valor, contestaba sin detenerse: —En las piernas, en las piernas.

Mañana regularmente sabremos de cierto las bajas sufridas en la escuadra centralista, que se nos confirma son bastantes.

Pocas horas ha durado el bloqueo de la plaza por la parte de mar.

¿Qué dirá el general Ceballos de todo esto?, Tendremos que repetirle aquel adagio de *Cuando las barbas de tu vecino*, etc., etc.

Firmes en su resolucion, esta es la hora en que la tripulacion de nuestros buques, más entusiasmada que nunca, permanece á bordo, resuelta á buscar al enemigo que esconde la cara para hacerle pagar cara su cobardía.

Fuertes, ciudadanos; no necesitamos repetiros palabras que despierten vuestro entusiasmo, porque no las necesitáis.

Hoy por la mañana ha salido del Puerto el *Despertador* del Canton (antes *Fernando el Católico*) prestando un reconocimiento por

alta mar sin encontrar á la hora de escribir este suelto ningun enemigo.

No es fácil que se pongan otra vez al alcance de nuestros cañones.

¿Qué dirá el ciudadano Castelar de todo esto? Apuesto un duro cantonal contra una peseta falsa, á que no pronuncia su señoría un discurso sobre tan bello motivo.

Con ardor siempre creciente siguieron ayer las públicas manifestaciones de entusiasmo el en próximo triunfo de la Federacion española.

Momentos hubo en que éste rayó en delirio, particularmente cuando entró en nuestro puerto de regreso de su gloriosa expedicion, engalanado, el vapor *Despertador*, que despues de saludar á la plaza, fué contestado por todos los castillos y fuertes de la misma.

Poco despues entró tambien dirigiéndose al arsenal el remolcador empleado en las obras del puerto, *Buenaventura*, conduciendo á su bordo varios individuos de la humanitaria sociedad de la Cruz Roja, el médico y practicantes del regimiento infantería de Iberia, siendo todos saludados por las personas, que en número considerable, poblaban aquellos alrededores con entusiastas vivas á la Federacion, al ejército, á la marina y al pueblo.

EL ONCE DE OCTUBRE.

Los pueblos nunca fueron ingratos. Desde los tiempos más remotos en todas las épocas, en todos los países habitados, monumentos de mayor ó menor mérito nos recuerdan siempre los hechos heroicos de todos los mártires de las causas santas; Cartagena tiene una fecha más en su martirologio, y esta fecha adorada de nuestros hijos y venerada por las sociedades futuras, immortalizará en la historia los nombres de nuestros queridos hermanos, que sucumbieron en este memorable dia por su amor á la libertad y su odio á la tiranía.



(Núm. 61. — 14 de Octubre de 1873.)

LA CONCIENCIA.

¡Óyeme, Castelar! ¡Di! ¿No te acuerdas de tus pasados triunfos, de tus inmensas glorias? ¿Te acuerdas de tus conferencias político-filosóficas en el Ateneo y de tus discursos al pueblo? ¿Te acuerdas cuando una multitud inmensa te seguía por todas partes electrizada con tu palabra, encantada de tu genio, ansiosa de conocerte, de verte y de poderte hablar? ¡Ah! Si te acuerdas, ¿no es verdad que te llamaban el ángel del pueblo, de ese pueblo á quien tanto amabas, por quien tanto trabajabas, ese pueblo el mismo de todas las épocas, el mismo en todos los tiempos; esa multitud que bulle, gira y se agita inconsciente, pero que ama, que venera, que inmortaliza á los hombres que le revelan amor, á los genios que como tú le muestran el camino de su redencion y la guian por el sendero de la verdad?

Si las grandes atenciones del poder te lo permiten, si la adulacion y la cortesanía de los satélites que no te dejarán un instante no han corrompido por completo tu alma y secado en tu corazon ese fuego divino que te inspiraba en aquellos tiempos; cuando cantabas nuevo Horacio las glorias de nuestra tradicion y las virtudes del pueblo á quien hablabas; cuando levantabas hasta el espacio las epopeyas de nuestra historia, haciendo á un pueblo sentir para que saliese del miserable estado en que lo habia postrado el egoismo y villanía de sus magnantes y de sus reyes; cuando, en una palabra, aparecias en medio de tanta corrupcion social y de tantos criminales despotismos, como el profeta de la edad nueva, como el apóstol de la gran doctrina.

¡Oh! en aquellos tiempos tu palabra cuántas bendiciones recibia de ese pueblo! De ese pueblo á quien tanto amabas. Si como digo te acuerdas de aquellos tiempos, ¡qué amargura debe hoy desgarrar tu alma!... Si; hoy, asediado por las pretensiones de tus cortesanos, por las intrigas de tus satélites, por las conjuraciones de cuantos te rodean y que ninguno te ama, como te amaba ese pueblo; hoy que la lucha de las pasiones políticas te ha colocado sobre el pedestal de la tiranía, hoy que embriagado con eso que llaman poder y que era

tan contrario á tu genio, te has olvidado de tí mismo hasta convertirte en el verdugo de ese pueblo; en el tirano de esas multitudes, ¡cuántos remordimientos deben torturar tu conciencia!

Dime, Castelar: cuando tienes un instante de recogimiento en tí mismo, cuando piensas en el pasado y contemplas el presente, ¿no lloras? ¿No viene el carmín á tus mejillas? ¿No se desvanece tu cerebro viendo pasar esas mismas multitudes que tanto te bendecian, maldiciéndote, que tanto te querian, execrándote?

¿No ves esos cadáveres, esos miembros mutilados, esas viudas y huérfanos, el hambre, la guerra, la desolacion, el exterminio y tú presidiendo el cuadro? ¿Tú ordenando y mandando como Neron el incendio de Roma? ¡Ah, Castelar, cuando yo pienso, cuando recuerdo al ángel del pueblo me pregunto: ¿dónde está la conciencia? —
Antonio de la Calle.

¡Oh ilustre tribuno, ¡Tú que has atraído sobre tí las ansiosas miradas del proletariado; tú, Castelar, que algun dia fuistes la esperanza salvadora del hijo del pueblo, que busca su porvenir honroso entre los rudos esfuerzos del trabajo; tú que viertes de los labios un torrente de elocuencia que fascina á propios y extraños; tú mejor que ninguno otro has sabido con tus discursos y escritos arraigar en el hombre las sagradas convicciones de una idea, á la vez que con tu conducta has llegado á infundir en él la desconfianza absoluta de toda personalidad; tú que al llegar á ocupar la primera magistratura de esta desgraciada nacion te has rodeado de los peores elementos sociales, de hombres que en su desmedida ambicion todos los puestos que han podido ocupar en otros partidos les han parecido de poco espacio para contener sus aspiraciones; y de otros que, encapillados ya en el hábito asqueroso de vivir á expensas de la estafa y el presupuesto, se han llegado siempre á quien les ha garantizado esta manera de vivir, y que al verte adulado por vividores de este jaez, te has engreido hasta el extremo de desconocer la virtud de los principios que enseñastes, y el mérito de los que te han elevado creyéndote una lumbrera de la libertad, oye al pueblo de Cartagena, este pueblo que quizás, y sin quizás, es el que más ha contribuido á tu encumbramiento.

¡O el imperio de la ley y la justicia, ó el establecimiento definitivo de la Federacion española con todas sus legítimas consecuencias, ó la muerte!

¿Oyes, Castelar? ¿Oyes Perfumo? ¿Oyes Maisonnave? ¿Oís todos los miserables pequeños que os rodeáis de un pueblo heroico? ¿Queréis saber por qué ha aceptado esta concluyente y gloriosa determinacion? Pues escuchadlo de boca de un hijo del pueblo y del trabajo.

Prescindamos por completo de personalidades, pues incurriríamos en la odiosidad de siempre. Los españoles estamos cansados de promesas ilusorias.

España proclamó la República para tocar resultados económicos y reformas positivas. Las Córtes constituyentes votaron la forma federal para hacer completa la descentralizacion á la vez que la autonomía de los pueblos bajo la influencia cantonal que hacia la felicidad de la patria, y un gobierno potente bajo el amparo de los cantones elevará á esta nacion á la categoría que le corresponde por sus condiciones y posicion especialísimas.

Castelar, tú, y la mayoría de esas Córtes, rehusais el establecimiento de esta forma de gobierno; no basta que lo negueis, es necesario probar, y las pruebas hoy despues de sus declaraciones, despues de nuestro movimiento sublime, se hacen difíciles.

La desconfianza en tu conducta política, tu declaracion de que el pueblo temia sobra de democracia cuando sólo la habia saludado en el nombre y de orden cuando se hacia sublime y grande por obedecerlo; la conducta anti-parlamentaria de una mayoría que hace pasar á la izquierda de la Cámara las horcas caudinas; el empeño tenaz del Gobierno en entregar los puestos oficiales de más importancia á los hombres de todos los partidos ménos á los republicanos; el respeto que en todo manifestábais y manifestais á las instituciones monárquicas; y ese cúmulo de anomalías que con apuros habeis señalado, nos decidieron á declararnos en cantones, de conformidad con los acuerdos del Congreso.

Si nuestro alzamiento protestando que era injusto ó extemporáneo, le hubiérais combatido por la fuerza de las armas, y nos hubiérais vencido, os alabaríamos la accion; pero nos habeis lanzado una terrible calumnia, que en nada nos afecta á los buenos, pero que ha dado con toda la fuerza en el rostro de la nacion.

¡Habeis declarado piratas á la Marina española! Castelar, nada nos rebaja que nos hayais calificado de ladrones, estas son las armas de mala ley de los partidos, que despues vienen los hechos á dementir y que no salen de los límites de la nacion; pero autorizar á extranjeros para que apresen las naves y sienten en la historia un acontecimiento de humillacion nacional, y que gracias á nuestra virtud

y abnegacion hemos evitado una intervencion extranjera; Castelar... esto no se perdona, esto se venga por la dignidad patria.

Si á estas razones poderosísimas añadimos otras de gran importancia; si detenemos nuestra consideracion en las huestes y escuadra que nos mandais á combatirnos y nos atacan al execrable grito de ¡viva el príncipe Alfonso! habremos concluido el panegirico de tus excelencias. ¡Castelar; ¿no te horroriza tu obra? Republicanos de toda España, ¿os hareis cómplices en el atentado de lesa nacion que intenta Castelar y sus satélites?

Hé aquí las razones que apoyan nuestro inquebrantable propósito: ¿lo oís? ¡ó el zumbido de vuestras conciencias quita las facultades á vuestro oído!

Republicanos españoles: si nos abandonais en nuestro movimiento regenerador, porque habeis dado oídos á las calumnias del infame Gobierno de Madrid, y sucumbimos abrazados á la cruz sublime del martirologio redentor, y consentís que las falanges de ese degradado Gobierno entren pisando las ruinas y cadáveres de un pueblo heroico, no os acriminamos por eso; sólo os pedimos que en el día no lejano de vuestro terrible desencanto, dediqueis una sentida lágrima á este pueblo y virtuosos héroes, y que honreis su memoria; y si por lo contrario salimos vencedores en la santa empresa que nos proponemos, sólo queremos la gloria de decir á la faz del mundo; hemos salvado á España; somos el ángel redentor de la humanidad.—*José Ródenas.*

Tendríamos sumo gusto si el Sr. Ceballos, imitando la conducta de su amigo Lobo, á quien ya le hemos visto las orejas, se dejara ver un poco cerca de la plaza.

Porque francamente, eso de tener enemigos ocultos no nos parece bien.

Entre ocho y nueve de la mañana de ayer fondeó en este puerto nuestra escuadra, cansada de buscar inútilmente á un enemigo que huye á toda máquina.

El que sepa dónde se encuentra y lo diga, se le gratificará.

Estamos seguros que dentro del Ministerio de la Gobernacion, el parte pasado por los cónsules habrá causado el mismo efecto que

una bomba disparada desde Atalaya, reventando en medio del Consejo de Ministros.

Los cimbrios hacen declaraciones ridículas; éstos se dan el nombre de republicanos y los centralistas acogen en sus brazos todas estas sabandijas de la patria.

Dime con quién andas....

Bien hacen en amalgamarse, porque así no se escapará ninguno de nuestra justicia.

De hoy á mañana empezará á funcionar un molino nuevo, para que no se repita la escasez de pan que ayer se notaba. Tenemos trigo para más de un año; por consiguiente, ya le damos que hacer al Sr. Ceballos, si piensa tomar la plaza por hambre.

El efecto moral que en España ha de producir la derrota de Lobo, hemos de saberlo muy pronto.

Todo hecho tiene sus consecuencias, y el nuestro es de tal naturaleza, que no serian absurdas todas las ventajosas suposiciones que nos pudiéramos hacer.

Poco importa que los periódicos de Madrid nieguen el verdadero estado de la provincia de Huesca, donde abrigábamos ántes y hoy más que nunca la esperanza de que la capital sea objeto de un movimiento.

No queda á los gobernates de este desgraciado pais ni el más pequeño resto de pudor ni de vergüenza; su osadía no tiene límites; su descaro inaudito; despues de haber sofocado por la fuerza de las armas y las traiciones más alevosas el gran movimiento cantonal de la Península; despues de haber cometido toda clase de crímenes en Sevilla, ahogando en sangre las aspiraciones de aquel pueblo hermano; despues de obtener á Cádiz por la astucia y el soborno, corrompido Málaga con la más alevosa villanía, Granada, Salamanca, Valencia y otras tantas capitales, ahora hacen apreciaciones verda-

deramente curiosas sobre Cartagena, porque Cartagena no se deja vencer y comprar. Dicen con un *sans façon* tan cándido, que somos unos foragidos, que es inútil nuestra lucha porque no llegaremos á vencer.

Se engañan miserablemente; se engañan porque desconocen el valor y la abnegacion de sus defensores, los sacrificios de que son capaces y la fuerza que les da el gran amor que poseen á la santa causa de la federacion. Sí, hombres del Gobierno central, los apóstatas de la idea republicana, los mercaderes de la república; vosotros no comprendéis nuestra resistencia, porque sois incapaces de comprenderla, porque no teneis en vuestra alma ni fe, ni creencia alguna, y porque no os queda, en una palabra, el más mínimo átomo de pudor ni de vergüenza.

Una goleta procedente de Terranova ha entrado hoy en este puerto cargada de bacalao.

La Comision de Cataluña, dentro de esta plaza, prepara un manifiesto á todos los españoles, y en particular á sus paisanos.

Dicho escrito, despues de ser sancionado por la Junta, se le dará la debida publicidad que confiamos ha de producir los mejores resultados.

(Se continuará.)

SECCION LITERARIA.

LAS TRES EVAS.

En una apartada region en que el clima es un ambiente suave, el cielo del azul más puro de todos los azules de cielo, y la tierra fecunda hasta en las grietas de las rocas, hay un valle engalanado con todos los verdes de la vegetacion. Los bosques de encinas, al

pié de las rocas cenicientas de las cumbres, como ciñéndolas, se introducen por sus pliegues; las faldas escalonadas están cubiertas de olivares, y el fondo es un jardín inmenso de naranjos, que termina en las arenas de la playa, y por otro lado en un pinar. El naranjo es un árbol de corteza siempre limpia, como la piel del armiño y de los animales delicados, de ramaje esbelto y flexible, de hoja esmaltada, mezcla en uno solo de todos los verdes risueños, la flor exhala el rey de los aromas, y de la fruta de oro mana el rey de los jugos. El naranjo es la camelia de las frutas, la princesa de las plantas, y su sombra es digna de refrescar en las tardes ardorosas el sueño de un Virgilio.

Extendidos juntos el bosque de naranjos y el pinar imitan los cambiantes de un solo manto, el más suntuoso con que se cubre la tierra. El naranjo y el pino parecen el hermano trovador y el hermano guerrero, vástagos de la misma noble estirpe, porque el pino es el naranjo de las rocas endurecido por las nieves y los vientos, y el naranjo es el pino transformado por la suavidad del aire, por la frescura del arroyo, por el amor del arado y la proximidad del hombre. A aquel valle profundo, aislado por la cordillera y el mar que le circuyen, se descende por una sucesión de revueltas cortas y unidas, que parecen peldaños de una escalera apoyada en dos montes.

Entre dos estribos salientes de la sierra, en un recodo del valle, se oculta otro más pequeño, en el cual, entre los naranjos crecen todos los árboles que producen frutas, desde el plátano de ancha pala hasta el nogal de erguida copa, sobrepujado aún por la palmera. En el fondo, al pié de una arboleda de encinas, pinos, cedros, araucanias y otros árboles exóticos reunidos por el afán delicado del dueño, se eleva una espaciosa casa, cuyo exterior, unido al conjunto de plantas escogidas, revela que el propietario es más que labrador, sin dejar de serlo; que su espíritu ha salvado las cimas, aunque esté unido á aquel suelo por el amor que merece.

El rincón solitario en que se compendian, aumentadas, las bellezas del gran valle, ha recibido de los habitantes del país el nombre de Paraíso. Era verdaderamente un Paraíso del cual el Ángel no había arrojado aún al morador, tal vez porque no tenía Eva, ó porque allí no hay serpientes.

Procediendo con lógica natural, el pueblo que llamó á la propiedad Paraíso apellidó al dueño Adam, no en són de burla ni por atribuirle la desnudez moral y material que han hecho de la palabra un distintivo de menosprecio, sino para armonizar el nombre del habitante con el del sitio, y, como en los pueblos el apodo oscurece el apellido, casi nadie sabía decir cómo se llamaba Adam.

Hasta la figura justificaba el nombre, pues en la esbeltez de formas, en el semblante expresivo sin rudezas, en el color propio de los hombres mediatubundos, en la combinacion de facciones y cabello y mirada se veía una hermosa mezcla de los buenos rasgos de distintas razas, que en aquel hombre habian refluído como síntesis, puesto que no podia ser tronco del linaje humano.

El solitario morador del Paraiso se ocupaba en cultivarle y en estudiar mucho, pero lo habia aprendido todo como puede aprenderse en los libros, en que la palabra, sin el sonido de la voz ni la expresion del semblante ni la luz de la mirada, está descolorida, como las hojas de los vegetales conservadas por los naturalitas entre cartones. Por eso la ciencia del jóven, limitada á la más simple teoría, no habia despertado en él entusiasmos. En el estado que pudiéramos llamar la inocencia de la ciencia, sólo habia visto dos órdenes de cosas verdaderamente prácticas, y que eran por consiguiente las únicas que habian influido hasta entónces en la direccion del espíritu. La fastuosa belleza del valle en que nació le despertó el deseo de poseer otro igual, y se dedicó á plantar árboles y á cuidarlos. La altura de los montes que ceñian su retiro, el remate agudo de las rocas en las cimas, y el águila subiendo en espiral hácia el cielo, excitaron en él los impulsos de subir, de ascender, el sentimiento de la grandeza de lo alto y de la pequeñez de lo bajo.

Unido al suelo natal por el doble amor de la patria y del hogar, permanecia en él; y habiendo traspuesto su espíritu los montes, y cruzado el mar, por el estudio, reunió las plantas de todos los paises, faltó de la decision práctica de ir á recorrerlos. Pero en el vacío que siente un corazon solitario, obedeciendo á la necesidad de abrir el alma, escribia á su único amigo, artista que estaba entónces en Roma, sus más ocultos sentimientos. La vida social de aquel hombre era, como todo lo suyo, téorica, y estaba reducida á la correspondencia con el escultor, cartas que constituyen la verdadera historia del jóven de nombre desconocido. En la última decia:

«Querido Valentín: Siguiendo la asidua correspondencia con que me consuelo de nuestra separacion, tomo la pluma para escribirte, siempre que siento, como ahora, la impresion de la soledad. Pero hay dias en que nada tendria que decirte si no descendiese á las minuciosidades de la vida, aunque sean pueriles, pues no á cada fecha hay acontecimientos dignos de mencion: afortunadamente nunca falta asunto entre dos amigos que tanto se quieren, y que se abren lo más íntimo, hasta aquello que constituye la verdadera des-

nudez del alma, poderosamente cubierta para todos los que no saben apreciar los sentimientos sencillos. Como tú posees tan delicado privilegio, sabrás dar el justo valor á una grave resolución que ayer concebí y ejecuté. Di libertad á todos los pájaros que tenía, y todos al primer vuelo se elevaron en el aire. ¡Qué tormento habrán sufrido sin poder remontarse en tanto tiempo! Aunque la jaula fuese tan extensa como el espacio que pueden recorrer las aves, si el techo fuese bajo y no les permitiese desplegar las alas, sería una cárcel. Si yo no pudiese elevar la mirada, sentiría la tristeza de los ciegos, el peso de los encorvados. Que satisfagan todos los seres las aspiraciones de remontarse, porque todo tiende á subir. Cuando inclino una vela, se dobla la llama para elevarse; el pino que en el acantilado nace horizontal de una grieta se retuerce para levantar la copa; el humo, esencia de las cosas que arden; la esperanza, latido de las vidas que no se apagan, se elevan también hácia la altura, región de lo grande. Allí reside la luz que todo lo ilumina, el agua que todo lo fecunda, el espacio sin linderos, las estrellas sin número, y encima Dios, mientras que aquí, en lo bajo, todo es pequeño, hasta el hombre; gusano de la tierra que si quiere subir á una colina, llega jadeante.

Te figurarás que con la ausencia de mis pájaros ha aumentado la soledad en que me veo, y te equivocas, pues la visión, el ensueño de mujer, de que te he hablado muchas veces, me hace compañía. La veo clara, distinta. No me he fijado en si es alta ó baja, pero en sus ojos brillan el pudor y la ternura, en su ademán la modestia, en su paso la fortaleza. Tiene el perfil de Virgen y el rostro de Ángel. Yo amo á esa mujer, cuyo silencio es el único vacío que me hace sentir la no existencia de mi amada. Tú, que vives en Roma para respirar el Arte, que has sobresalido en escultura entre los jóvenes de esperanzas, pudieras realizar en mármol la visión que deseo ver traducida en formas reales, empresa en que seguramente ganarías mucha gloria.

Me preguntas por mis estudios, y debo confesarte que desde tu partida, desde que, por escribirte, he saboreado el placer de dar curso á mis pensamientos, el polvo cubre mis libros, y la ciencia, pálida siempre, va quedando encerrada en una casilla de la memoria, como lo que aprenden los niños.

Recibe un cariñoso abrazo de tu amigo.— Adam.

Pocos días después recibía la contestación de Valentín.

Mi querido Adam: Por tus cartas, y especialmente por la última, veo que sigues evaporándote sin provecho. Estás en los confines de

lo fantástico y muy próximo al éxtasis y á ménos de un paso de lo visible. Tu indolencia estática nace de los estudios puramente teóricos, de la sabiduría sin claro-oscuro que has bebido en los libros. Los libros siempre tuvieron para mí el grave defecto de ser todos de papel del mismo color. Comprendo que un tratado de matemáticas esté escrito con letras negras en un papel sin lustre; pero ¿por qué la poesía no ha de estar impresa en color de rosa, y la astronomía con letras de oro en fondo azul, y la historia con letras rojas, y la arquitectura con caractéres góticos? Si así lo hicieren, yo hubiera sido más aplicado, porque los libros se parecían un poco más á lo palpitante. La ciencia ha de penetrar por todos los sentidos á la vez, y en tí sólo ha entrado por uno, por los ojos. Es preciso que comprendas la inmensa distancia que existe entre lo vivo y lo pintado, entre el libro impreso y el libro vivo del mundo, y que te decidas por éste. Tú has leído y releído el Quijote, y yo, cuando crucé la Mancha, á la luz de la luna, veía en la sombra del vapor y del humo la figura airada del valeroso hidalgo que arremetía una y otra vez con el monstruo que turbaba las soledades manchegas. Tú lees la *Gaceta de Bellas Artes*, yo visito los museos; tú has visto los planos y secciones, yo oigo misa en San Pedro; tú sueñas en una mujer que nunca te dará conversacion, yo requiebro personalmente, en la misma arena histórica, á las biznietas de aquellas Sabinas que merecieron la honra de un rapto en masa, y recojo aquí una mirada candente, allá una sonrisa eléctrica, más allá una palabra electro-magnética, más adelante una queja desgarradora, y hasta algun divino bofeton, la gran sorpresa que ofrece la virtud militante. Nunca has tenido el insigne placer de tropezar tan de manos á boca con la virtud plástica.

Créeme; es preciso que salgas á estudiar vivas las artes y las ciencias que has aprendido en el cadáver. La anatomía no es la Medicina; la Medicina es la ciencia del pulso, de la circulacion de la sangre, del calor.

Para demostrarte mejor la diferencia de lo teórico á lo práctico, y para sacarte de ese tu Paraíso te incluyo la fotografia de una Eva que, anticipándome á tus deseos, he labrado procurando realizar el ideal de tu mujer soñada, que tantas veces me has descrito sin sombra de celos. Es una estatua que destino á la Exposicion, principio de mi gloria de artista, pues las críticas no le encuentran más que un defecto, el de tener cierto parecido con algunas caras, aunque divinas, modernas, muy escasas, pero de insigne hermosura, que se encuentran en todas las clases sociales, lo cual, si es

defecto, te lo atribuyo á tí, que lo concebiste de este modo; pero yo lo tengo por mérito, pues ofrece en la hechicera figura el sabor de actualidad, preferible á una belleza arqueológica, prescindiendo de que es perfectamente filosófico el que la abuela, muy guapa en sus mocedades, se parezca á las nietas sobresalientes.

Si el deseo de ver corpórea la imágen de tu ensueño no te decide á ir á la Exposicion, no te atrae al mundo vivo, si no te tienta una Eva, la Eva del arte, digo que no eres Adam, y mucho ménos Adam del siglo XIX. Hoy remito la figura, y siento no poder ir á recibirte, porque me detienen aquí trabajos de honra y provecho. Escríbeme si te gusta la estatua y las impresiones que te produzca el mundo en movimiento, que tú has visto parado. Lo espera con afán tu amigo.—Valentin.

Adam quedó contemplando la fotografia á que sólo habia dirigido una rápida ojeada por el deseo de leer pronto la carta de su amigo. En ese silencio que consiste no sólo en la falta del sonido de la voz, sino en la inmovilidad de los labios, silencio material y mental, exterior é interior, estuvo contemplando la imágen, hasta que exclamó:—Yo la hubiera hecho igual.—Después quedó mirando sin ver, como los oídos á veces no oyen los estrépitos cercanos; y volvió á fijarse en la fotografia, y á quedar abstraído, y á mirar otra vez, y por fin, entraron en orden sus ideas y sentimientos, que pudo formularse á sí mismo.

—Valentin me ha comprendido; ha realizado mi ideal, perfeccionándole. Yo creía ver distintamente la imágen, y ahora comprendo era una figura de niebla; ésta es la congelacion de un vapor en perfiles determinados. Aquí tengo la estatura, de que no me habia formado idea exacta. En la inclinacion de la cabeza y de los ojos, en el ademan, veo la inocente desnudez ántes del pudor, hijo del pecado; la energía pura, anterior á los vicios. Ahora comprendo la diferencia que existe entre un sueño y esta figura real, casi real, porque sólo es una sombra pequeñita de la estatua. Lo que en este carton es perfil, en el mármol será cuerpo; lo que aquí es claro oscuro, allí serán formas; aquí sólo puedo contemplar con la vista la imágen del sér que habia nacido en mi fantasía, y en la estatua podré poner la mano sobre el corazón, sobre la frente; ¡pero estas dos urnas de pensamiento y sentimiento estarán frias! Si yo sintiese latir aquel seno, aquella sien; si yo viese á la esbelta figura vuelta la pupila y el espíritu á mí, con los labios entreabiertos, iluminada la palabra, como un átomo á los rayos del sol, á la luz de sus ojos, rúfaga de ternura y de pureza, sería la encarnacion de

ese sér que ha nacido en mí de un pedazo de mi alma, y sería mi compañera, porque estoy solo, muy solo.

El jóven quedó con la sien apóyada en la mano, la cabeza inclinada hácia arriba, y con expresion risueña y dulce. Despues, fijando la vista en la fotografia, continuó:

— Y dicen que existe la realidad de esa mujer. La frente será casi diáfana; en su limitada extension despertará el sentimiento de los anchos horizontes; y el seno, dilatándose y deprimiéndose al impulso del aliento y de los latidos, me revelará el movimiento de dos vidas, doble vida...

— Iré: quiero ver corpórea la Eva que he concebido, y quiero verla viva; quiero leer el libro vivo del mundo; todos los demás son pálidos, como dice muy bien Valentin.

Querido Valentin: Has conseguido tus deseos; he abandonado, aunque momentáneamente, mi patria, mi Paraíso. Todo el amor que profeso á mi hogar y á mis árboles no ha podido resistir á la tentacion de la Eva cuya imágen me hizo entrever la gran belleza del mundo real. Confieso que al poner el pié en el barco mi corazon se oprimió, y que le envolvía la tristeza cuando los árboles y las casas se hundian en el mar. No creía que los objetos desapareciesen tan pronto. La convexidad de la tierra, cifiendo la vista á un cortísimo radio, me hizo comprender la pequeñez del globo, de que somos diminutos habitantes. Despues quedé sumido en una melancolía serena que fué desvaneciéndose en la grandeza del mar sin orillas visibles.

Solo en la popa, miraba la extension, y no sabía si los horizontes sin tierra, si el cielo sin límites de cumbres, si aquellas aguas de misterioso fondo no medido, aumentaban mi pequeñez ó la disminuian.

El vapor, empujado por la hélice, hendía con majestad las aguas, al impulso de una fuerza oculta; parecía un sér vivo dotado de movimiento, de volutad y hasta de pechos para amamantar á sus hijos. El barco de vapor no nos sorprende por la costumbre de verlo, pero es una ballena de Jonás, creada por el hombre para acémila de los mares.

He velado toda la noche; he desembarcado en medio del bullicio de una ciudad populosa, y en éste momento me distraen y casi me aturden los mil rumores que de todas partes se levantan, zumbido

de colmena que me anuncia la vida en toda su actividad, la gran vida social.

Concluyo porque necesito descanso para proseguir el viaje, pues me espolea el deseo de ver tu estatua, la Eva del Arte. Pronto, muy pronto sabrás de tu amigo.—Adam.

Querido amigo: Acabo de llegar arrastrado en un tren, á gran velocidad. No puedes figurarte la impresion que me ha producido ver pasar los árboles como llevados por el huracan, y los pueblos más de prisa que los árboles, por los vidrios de un carruaje ordinario. Los surcos de los barbechos y las líneas de cepas giraban con rapidez vertiginosa. Al principio tuve miedo; pero no ese miedo vulgar de los peligros, sino el terror de la carrera. Despues de una hora, familiarizado con la velocidad, pude saborear el placer de ir lanzado por la superficie del globo. No podia permanecer impasible, y pasaba de una ventana á otra para respirar el aire que azotaba mi rostro, para ver con avidez los paisajes que huian, y esperar con impaciencia los que aún no llegaban, los misterios del otro lado de los montes. En las curvas, miraba á la cabeza del tren la locomotora, objeto vulgar hoy, que dibujado no es más que una máquina; pero que en movimiento, lanzándose por los puentes, girando en las curvas, moderando y acelerando la marcha, mugiendo, deteniéndose y volviendo á partir es un sér vivo más civil, más ágil que el caballo; es verdaderamente un animal creado por el hombre; es el camello de la civilizacion. El hombre, autor del animal de mar y del animal de tierra, superiores á la ballena y al caballo, tiene mucho de creador.

Hasta la tierra, que creí tan pequeña al ver hundirse en el horizonte los objetos, me parece mayor bajo las ruedas de la locomotora cuando veo la pequeña parte que he andado del globo á tan gran velocidad.

Suspendo esta carta para descansar, y la concluiré mañana, á retazos, como pueda, pues deseo expresarte las impresiones de cada momento, para que recibas, mejor que un papel, el corazon de tu amigo.

A las siete de la mañana.— He despertado lleno de fuerza; he abierto el balcon, y ha penetrado la luz y el ruido. La mañana en los campos es muy hermosa: la pureza de los colores, la transparencia del ambiente, la lozania de los tallos, y la hora en que se abren las flores, las alas de los insectos y de los pájaros; pero en una

poblacion industrial es tambien magnifica. La multitud trabajadora llena las calles, no obstruidas aún por las carrozas y los ociosos; las abejas y las hormigas de la humanidad circulan en todas direcciones. El sol dora las altas chimeneas cilindricas, y las primeras bocanadas de humo se elevan verticales anunciando el primer fuego en el hogar del trabajo. El yunque y el martillo, campanas de esa aurora, reunen á los que retuercen la madera y el hierro, y despiertan á los indolentes que descansan en estéril somnolencia. Si yo fuese poeta, escribiria el idilio de la industria.

A las cuatro de la tarde.—Vengo de ver una fábrica de hilados y tejidos, en donde he pasado la mayor parte de este dia que conservaré en la memoria, como el más gran recuerdo de mi juventud. El director con viril amabilidad, y con el justísimo orgullo de dirigir lo maravilloso, me ha enseñado minuciosamente el establecimiento, y me ha explicado todas las operaciones que trasforman en tela el algodón en rama. El edificio es el palacio encantado de la civilizaci6n, en el cual todo anda solo, husos y telares. En aquellas salas espaciosas, como las de los alcázares; al respirar aquel aire cargado de unos olores que no son emanaciones repugnantes ni aromas que afemenen; al oír aquel rumor continuo, acompasado, ni música ni estrépito; en aquel temblor de pavimentos, el espíritu adquiere el verdadero temple de la virilidad. Un hombre de rostro tan sereno como el de un labrador, de mirada tan inteligente como la de un ingeniero, con la cara ennegrecida por el carbon, pero que no despierta la burla, lo observa, lo modera, lo precipita, lo pára todo, haciendo girar sin esfuerzo una manecilla. Un niño ó una mujer en cada telar dirige sus movimientos, pero el telar teje solo. Verdaderamente, el hombre se ha emancipado de los trabajos rudos, y dueño de la materia, rey de la creacion, al abolir la esclavitud ha creado en el telar, en la máquina, el siervo de la civilizaci6n, un siervo que trabaja y no suda, con músculos que no le duelen, ni alma que llore la servidumbre. Imaginar y crear la fuerza insensible es la mayor concepci6n y el más hermoso esfuerzo de la inteligencia humana. El hombre ha nacido para dirigir, y va recobrando su puesto en la naturaleza; podemos estar orgullosos de nosotros mismos.

Cuando sali de la fábrica era en mi alma tan profunda la impresi6n de grandeza que, al pasar por debajo del elevado dintel de la puerta del establecimiento, semejante á un arco de triunfo, me incliné instintivamente, para no tocar arriba.

Última hora.—He comido en la mesa redonda del *Gran Hotel*, en

donde han excitado el apetito los más selectos manjares de todas las naciones.

Sin ensalzar la gula, te afirmo indudablemente que así como para recrear la vista disponemos las luces brillantes, los destellos, las combinaciones de colores, los fuegos fantásticos; para el oído las orquestas; para el tacto el terciopelo; para el olfato las esencias; es muy justo que ofrezcamos al otro sentido, no inferior, la armonía, la novedad, la delicadeza de las plantas. La medida de la sal es el estilo; la pimienta da á los manjares lo que el endecasílabo á la palabra; la menta y el laurel son balsámicos residuos de las salsas embebidas; los dulces son las cristalizaciones de las frutas, y el sorbete la compota de la frescura; y los vinos, los vinos son la sangre, la fuerza, la inteligencia, el entusiasmo.

Allí hemos hablado en todos los idiomas, y si no ha desaparecido la confusión de lenguas, todos nos hemos entendido, no sé cómo, pero nos hemos entendido hablando mal todas las lenguas, lo que es el principio de la universal.

Los ingenieros, enardecidos, discutían la perforación de los Andes, el túnel submarino entre Inglaterra y el Continente, la utilidad de inundar media África por los mares. Uno propuso restablecer en su nivel la Atlántida; algunos se rieron, otros aplaudían; yo aplaudía. Me parece que el humo de mi cigarro en este momento reproduce aquel ambiente, y renueva en mí el ardor y los vapores. La gran vida es hablar de las grandes cosas, realizarlas. Aquella conversación, aquellos ademanes, eran dignos de hombres en su plena soberanía intelectual. Fuertes y galantes, dueños del mundo y de nosotros mismos, las damas no han querido retirarse, porque no era la embriaguez del licor, sino la de la palabra, que iba comunicando la electricidad del pensamiento á todos, unidos sin distinción de sexos ni de patria en una aspiración común hácia lo grande, que es el principio de la unidad humana.

Al separarnos, un ingeniero mecánico exclamó:—Brindo por el Apóstol Locomotora.

Y tiene razón: la Locomotora, quebrantando fronteras, acercando los pueblos, llevando con rapidez las mercancías y las ideas, lazo de fraternidad, es, más que un camello, un Apóstol. Asíbráte, Valentin; el Hombre ha creado con el *fiat* de su pensamiento, la ballena, el camello, el siervo y el apóstol de la civilización; sólo le falta crear el *Maestro*.

Estoy cansado, rendido, como si hubiese hecho hoy diez hoyos para plantar árboles, y concluyo esta carta. Mañana sigo mi viaje.

te escribiré desde cada punto en que me detenga. Recibe un abrazo de tu amigo — Adam.

Mi querido Valentin: He llegado á esta capital en que, si la industria no aturde con sus ruidos, la inteligencia brilla en todo su esplendor. Aquí no veo máquinas ni altas chimeneas, pero hay Ateneos y Universidades. Si en esta ciudad no se forja el hierro, se forjan las ideas; todos son operarios de la palabra, obreros del pensamiento, trabajadores de la civilizacion en su más elevada esfera. He asistido al Ateneo. Ignoro quién es el profesor que ha desarrollado ante mis sentidos absortos la *Historia de las Ciencias*, pero de su expresion y de sus labios fluia la claridad portentosa del talento que todo lo ve, que todo lo enlaza. Inteligencia de bronce, no se agobia ni fatiga, y abarca cuanto la humanidad ha elaborado en siglos y siglos; corazon noble, manantial inagotable de entusiasmo, imprime sus ideas con el fuego de la fe. La expresion y la mirada parecian palabras del discurso, lógica el tono, majestad el ademan.

Yo me anonadaba pensando nada más cómo aquel hombre, no viejo aún, habia tenido tiempo de aprenderlo todo; ¡y dicen que la vida es corta! Despues, no pensé más que en seguir á la inteligencia sin límites que me guiaba por el piélago del saber.

Las ciencias pasaban ante mí palpitantes, desde el momento en que un pastor contó las Siete Cabrillas hasta que un astrónomo, señalando á un vacío del cielo, dijo: allí ha de haber un planeta, y lo hubo. Esta es la verdadera soberanía del Hombre. ¿Y qué le importa la muerte si lega á sus iguales lo que ha aprendido, legatarios de la ciencia en el mismo linaje? La humanidad es un sér que se reproduce de sí mismo, como la olivera de sus eternas raíces, tronco que no deja de existir porque el vendaval le arrebathe hojas y tallos. Colon, Newton, Bonaparte, no son más que tres palabras distintas de unos mismos labios, tres ideas diferentes de una sola inteligencia, tres latidos del mismo corazon.

Ni la muerte ha podido parar la marcha del hombre en el camino de perfeccion, que recorrerá entero: lo concibo y lo siento, que es la plenitud de la conviccion plenitud de la fe.

Todo es una ciencia: las leyes de la circulacion de la sangre y de la circulacion del pensamiento; fisiología física y moral; las ciencias naturales, que abrazan las primeras materias orgánicas é inorgá-

nicas, y la Economía política, reguladora del equilibrio y movimiento de lo orgánico é inorgánico, estática moral de lo material. Todo es una ciencia con distintas ramas; y esa ciencia amplia, universal, que abraza desde la Zoología á la Ideología, es la Filosofía. Así como no hay más que un hombre, la humanidad, Adam, yo, no hay más que una ciencia, la Filosofía. El profesor que la enseña es el Hombre Maestro.

Nunca te agradeceré bastante el beneficio que te debo; por tí dejé aquel retiro en que la vida es nada más que la respiracion de un aire puro embalsamado, pero con los perfumes de las flores que se marchitan en pocas horas. Hoy vivo en un ambiente que tiene por aroma la luz, y que no está ceñido por un horizonte que limite la mirada. La mirada desde aquí traspasa la vida y la muerte, avanza lo creado y lo increado, y la razón se alimenta de la ciencia, como nuestra parte material de manjares escogidos. Me siento otro hombre; creo que el seno y la frente se me han ensanchado, que tengo más fuerza, más talla. Con la delicadeza del vestir, fruto de la delicadeza del sentimiento, y con la perfeccion de las maneras en la suavidad del trato, hasta me parezco hermoso.

Ya no te escribiré hasta que haya visto tu Eva, ó, más bien la mía, pues no pienso detenerme en ninguna parte. Adios.—Adam.

Querido amigo: Te supongo quejoso porque no te he escrito hace muchos días; pero los acontecimientos, las ideas y las impresiones que me han producido y hasta la confusion en que me puso tu carta me han preocupado hondamente. Me sumiste, sin querer, en el caos, en el verdadero caos anterior á la luz. Te confieso que tus palabras han sido para mí una crisis. Yo les daba todo el valor que me voy acostumbrando á ver en las cosas, convencido de que á las del espíritu es tan aplicable la química como á las de la materia; pero no pensaba que en tu carácter y estilo superficial no cabe la intencion profunda, pero lo parecia. Cuando juzgas por mis cartas la impresion que me han producido las que llamas La Eva de la Industria y la Eva de la Ciencia, dices: «amigo Adam, en este mundo hay que mirarlo todo con cierta ligereza que es la profundidad del buen sentido.» Confiesa que estas palabras reunidas así tienen la forma y el sonido de máxima. Me pusiste en tortura; me preguntaba á mí mismo si sería verdad tu sentenciosa frase, y no podia dormirme, y me despertaba en el insomnio de la duda, la más terrible de las vi-

gillas; y esto mezclado con otros sentimientos, con otras ideas que se levantaban en tumulto para confundirme, y que te referiré por orden, ya que he conseguido encauzarlo todo. Tu sentencia, que te he copiado aquí, seguro de que no te acordabas de ella, es un conjunto de palabras más ó ménos brillantes, pero sin sentido. ¿Quieres decirme el significado de que la ligereza sea la profundidad? Y, sin embargo, me has hecho sufrir mucho, porque la frase tiene cierto gracejo venenoso que encubre el escepticismo. He dicho mal al suponer que son palabras sin sentido, pues si el conjunto gramatical no lo tiene, el todo, la vibracion, es una picadura en las entrañas. « ¡Amigo Adam, en este mundo hay que mirarlo todo con cierta ligereza que es la profundidad del buen sentido! » Parece la máxima de un suicida que no tiene ni la locura del romanticismo. ¿Es que dudas de tí mismo en el momento en que has ganado la medalla de oro, en que la gloria empieza á repetir tu nombre como el de uno de los primeros artistas? Seria un desvarío. ¿Dudas tal vez del mundo que proclama tu superioridad? El mundo que, sobreponiéndose á la envidia, saluda al génio, es capaz del amor y de la justicia, y, por consiguiente es bueno y hermoso. La inteligencia y el corazon del hombre no merecen tu horrible frase. Dejemos este asunto, que no merece más atencion.

He visto la estatua, la Eva de mármol, y es muy buena, excelente, magnífica; no le falta más que la vista, pero le falta. El defecto es de la piedra; bajo unos ojos de piedra las formas no son desnudeces. La estatua es en verdad, la petrificacion de la mujer soñada, pero no la encarnacion; la pintura se parece más al fuego de la vida. Si yo fuese escultor sufriría mucho de no poder imitar en los ojos el reflejo de la lumbré interior. La escultura es el arte de hacer ciegos de mármol, y el mármol es hielo que no se derrite. Tal vez la impresion glacial que me produjo la Eva del Arte nació de la comparacion con una jóven viva que contemplaba la figura, con profundo interés, efecto seguramente de la semejanza que existia entre las dos. Hice la comparacion analítica de líneas, en cuanto es posible entre la desnudez y los pliegues de las telas, y ví tanta igualdad que me admiraba de que la Eva vestida no se ruborizase por la desnuda, como si fuesen una sola. Aquella mujer era tu estatua animada, mi vision viva, mi sueño palpitante, que estaba allí, en mi presencia; casi percibia su calor. Fijó una larga mirada de sus grandes ojos en mí; yo tambien la miré hasta que volvió la vista. Su cabello es un raudal de trenzas; sus formas, modeladas en el vestido sin vuelo, son los perfiles de tu estatua. Lleva el vestido

alto, pero oculta el cierre bajo los encajes de una golilla con un misterio que produce la impresion del descote.

Su madre ha querido informarse de quién soy, y aunque las noticias sobre mi fortuna no son tan lisonjeras como deseaba, ante mis demás circunstancias personales, se resigna á la voluntad resuelta de su hija. No puedes figurarte qué hermosa está Dolores medio hundida en un cojín; porque es muy rica, y tiene una casa espléndidamente ataviada. Los tapices cubren las paredes; las alfombras los pavimentos; los damascos templan la luz, los canelones de las arañas reflejan un rayo más vivo; los grandes espejos me presentan á mi vista entre aquellos muebles de forma antigua y brillo nuevo. El Hombre y la Mujer, los dos seres más hermosos de la creación, Rey y Reina por la inteligencia y la figura, merecen el marco del lujo, como ponemos á una gran pintura marco dorado.

Te espero á mi boda; ya no te escribiré más que para decirte el día en que haya de efectuarse.

En mi alegría, tengo un disgusto como una gota de hiel en el corazon: me escriben que la epidemia de los naranjos se propaga en los de mi Paraíso, y esto me affige, aunque me consuelo pensando que tal vez no vuelva más á aquel retiro; pero era mi patria y mi hogar.

Concluyo pidiéndote un favor; que en tus cartas no me des más el nombre de Adam, para que no vea Dolores, á quien quiero enseñárselas, que tengo apodo. Bajo todos los nombres te querrá siempre como á hermano tu amigo—Diego.

ANTONIO FRATES.

CRÓNICA Y VARIEDADES.

Bibliografía (1).—Del caos intelectual que produce la fecundidad monstruosa de las prensas movidas con vapor, brotan de vez en cuando chispas de luz que inundan de claridad el espacio, y de consuelo y alegría el ánimo abatido bajo la pesadumbre de los errores contemporáneos.

(1) EN LA BRECHA. *Hombres y cosas del tiempo*. Un volumen en 8.^o mayor de 376 páginas. Se vende á 16 reales. Los pedidos deben dirigirse á D. N. Perdiguero, librería, calle de San Martín, 8, Madrid.

El libro intitulado *En la Brecha* del Sr. Suarez Brabo que acaba de publicarse, es una prueba tan evidente de lo que decimos, que basta hojearle para comprender su mérito y sus atractivos. No vamos á analizarlo porque es empresa superior á nuestras fuerzas. Se puede dar idea, aunque incompleta y pálida, de un edificio, de un cuadro, de una estatua; lo que no se puede en manera ninguna, es dar idea de un libro; por la misma razon que un rayo de luz en el fondo de una cámara oscura no da idea exacta del sol que inunda de claridad todo el horizonte.

El libro del Sr. Suarez Brabo, tiene condiciones especiales que le hacen aún más inaccesible al escalpelo de la crítica; la variedad de los asuntos que trata, la movilidad del ingenio que lo ha producido, la concision y nervio de las frases, la novedad y elevacion de las ideas forman en el espacio de la obra una atmósfera, por decirlo así, de belleza y verdad embriagadoras que es preciso respirarla para sentirse dominado por el encanto de sus páginas.

El Sr. Suarez Brabo, que animó con su pluma al inolvidable *Padre Cobos*, que ha dado al teatro en dias de mayor esplendor para la escena obras que alcanzaron merecidos aplausos; que como poeta, como crítico, como polemista, es gran honrador de la literatura contemporánea, sabe imprimir á sus obras un sello de originalidad tan marcado que leyéndolas se aprende mucho y se goza más; apréndese sana, profunda y saludable filosofía, y gózase con las bellezas de una literatura noble, varonil, cristiana y española á toda prueba.

Desde el acerado cuchillo de la sátira, que penetra y abre de arriba á bajo las teorías modernas, embaucadoras de los entendimientos, hasta el pincel delicado y franco que inunda de ricos y variados colores el lienzo de la verdad santa, el Sr. Suarez Brabo, maneja con igual maestría todas las armas de la filosofía y del arte, y sirve con ellas, noble y desinteresadamente á la causa del catolicismo, á la que ha sacrificado su bienestar, y áun su vida. Vamos á terminar estas breves frases copiando algunos párrafos del libro que tenemos delante; no como muestra de la obra, sino como obsequio que hacemos á nuestros lectores, en justo desagravio de la molestia que hayamos podido causarles con nuestros mal pergeñados renglones. Habla el autor de la *centralizacion* moderna, que ha reunido y amontonado en museos obras de arte arrancadas á lugares diferentes y dice:

«El sentimiento es uno, y no es posible dividirlo entre tantos y tan diferentes objetos. No hay nada más independiente y caprichoso que la emoción artística. La misma obra, á la cual apenas dedicais una mirada indiferente y distraida en un museo, os dejaria quizá estáticos de admiracion en el ángulo misterioso de una Cartuja.

»Las producciones del genio necesitan su cuadro y su fondo apropiado, y sólo al irreverente prosaismo de nuestro siglo ha podido ocurrírsele el arrancarlas, confundidas unas con otras, en un lugar donde parece que todas están atacadas de nostalgia.

»Agréguese á esto que las artes son por su naturaleza refractarias á toda idea de reglamentacion y de uniformidad, y que los museos, por más que se diga, tienen siempre cierto olor de mercantilismo que recuerda las modernas exposiciones de la industria.

»Así es, que al salir de uno de estos establecimientos, dan siempre ganas de preguntar al portero:—Diga Vd., ¿cuántas varas de lienzo hay en el almacén?

»Ha sido una fortuna para la arquitectura que por su índole inamovible no se haya prestado á la trahumacion, como sus hermanas la pintura y la escultura. De otro modo, ya habríamos visto llegar á Madrid, sobre cuatro ruedas, á la Catedral de Sevilla, y á la de Burgos, á la de Toledo, y al Monasterio del Escorial y á todas las demás producciones del arte arquitectónico español, quedando la Península yerma de monumentos por dar gusto á los coleccionistas de verlos centralizados y formados en orden de parada en el Campo de Guardias ó en la dehesa de los Carabanchales.

»En este caso es más que probable que no se hubiese parado aquí su celo acumulador, y que pronto se pasaria á centralizar las ciudades, acercándose poco á poco al supremo ideal de amartelar á toda la humanidad en una sola vivienda, donde distribuida por cuadras y sujeta á un pienso comun, no tendria otra obligacion que la de ejecutar mecánicamente, y á golpes de látigo, los movimientos del orden abierto y cerrado de la táctica *comunista*.»

Una *miscelánea* para concluir:

«Todo el mundo sabia que en la corte de España habia muchos petardistas; pero el nuevo género de petardos que ahora se ha puesto en moda está dando mucho que discurrir á los políticos y á los que no lo son.

»Estos petardos, que gracias á los adelantos de la ciencia química, son ya algo más que funcion de pólvora, como pueden atestiguar dos muertos, muchos sustos é infinidad de vidrios rotos, se colocan por una mano invisible donde ménos se espera, y estallan donde no se quisiera oírlos.

»Se cree que son explosiones de dinamita, pero nuestra opinion es que son explosiones de ideas y pasiones detestables.

«Muchas gentes se admiran, pero nosotros no, porque hace años que los estamos viendo cargar.»

Repetimos que estos párrafos no pueden servir para muestra del libro, porque no son los mejores ni mucho ménos; son los primeros que nos hemos echado á los ojos al abrirle. Los que quieran conocerle, que lo compren, en la seguridad de que pocas veces habrán empleado mejor su dinero.

M. P. VILLAMIL.

Aprovechamiento de la sangre de los animales.—Algunos papeles periódicos han publicado, como hoy lo hacemos nosotros, interesantes noticias sobre el aprovechamiento de la sangre de los animales.

Esta industria, completamente desconocida en España, es en Francia explotada de un modo tan conveniente como ventajoso.

Recógese la sangre de más de 500.000 bueyes, la del ganado de cerda, la de 400.000 vacas ó becerros, y de más de 3.000.000 de carneros, cuyo total asciende aproximadamente á 16.000.000 de litros de un líquido que vertido ántes por las cloacas, ríos ó riberas, podía ser nocivo á la salud pública, y por lo tanto digno de la atencion de los sabios y economistas que se desvelan por el fomento de las ciencias aplicadas, tanto á la higiene como á la industria.

Empezó la explotacion de esta industria en 1852, empleándose de momento sólo procedimientos del todo elementales, ó sea rudimentarios, hasta que fué secundada por el inteligente M. Bourgeois, que, armado de una paciencia y sagacidad poco comunes, ha dotado sus fábricas de todos los útiles necesarios y de gran precision.

Esta industria elabora cuatro clases de productos, todos convenientes, ó mejor dicho, necesarios. Es el primero, preparar la sangre líquida para el consumo de las fábricas de refinar azúcar en París y sus cercanías, así como convertida en masa sólida, para las mismas fábricas de provincias y para la exportacion; segundo, la albúmina de sangre para la tintorería y tejidos pintados; tercera, los residuos de los citados productos, convertirlos tambien en masa sólida, á fin de emplearla para el curtido; y últimamente, la inferior á las anteriores convertirla en polvo y emulsionada con otras sustancias animales, se aplica tambien como abono agrícola.

Desde los tiempos más remotos se emplea la sangre para la refinacion del azúcar, y en mayor abundancia con el destinado á los jarabes. Algunos han ensayado otros sistemas ó composiciones químicas, que han tenido que abandonar, volviendo al uso de la sangre.

La preparacion de ésta, ó sea la líquida para el consumo de París y sus contornos, es sumamente fácil, puesto que sólo requiere un poco de cuidado, y como es natural, mucha limpieza; pero para la exportacion, particularmente á las Antillas, es preciso ser muy inteligente; muchos han ensayado varios procedimientos, pero sólo M. Bourgeois ha llegado á dar á la sangre una forma concreta; la por él preparada, conserva todas sus propiedades. Las fábricas de refinar del país y del extranjero, la consumen con preferencia; estas últimas la disuelven, y con 15 ó 16 kilos de ella disueltos con 92 litros de agua, obtienen 400 libras de sangre líquida.

La albúmina para tintorería y pintados se obtiene del modo siguiente: en el momento de saltar la sangre de la herida hecha al animal, se deja coagular, formando una masa gelatinosa, que se va disolviendo á medida de su coagulacion, dejando escapar un líquido un poco amarillo,

ó sea serosidad, el cual es recogido con cuidado por los operarios de los talleres establecidos en los mismos mataderos, y enviado despues á las fábricas, donde dicha serosidad se coloca en unos tubos especiales, que puestos á la accion del fuego lento y á veces al calor del sol, queda en el fondo del tubo una capa delgada y trasparente, que es la nombrada albúmina.

Durante estos últimos años ha sido ésta mucho más apreciada, puesto que la química ha progresado de un modo tan admirable, que ha llegado á dotar á la tintorería y pintado de colores extraídos de la hulla tan claros, vivos y hermosos como los rayos del sol cuando en bella alborada rasgan las caprichosas nubes.

La albúmina, una vez fabricada, es blanquecina, por lo tanto incolora y emulsionada con los colores, no solo deja de velarlos, sino que sostiene su brillo y fijeza, haciéndolos casi inalterables al sol y á la humedad, y es mucho mejor que la albúmina de huevos.

El descubrimiento de la albúmina de sangre es equivalente á una gran ventaja económica, tanto por lo diferente de su coste, como porque devuelve á la alimentacion muchísimos millones de huevos que ántes se empleaban en la fabricacion de la albúmina incolora.

Actualmente se expenden muchos miles de toneladas de sangre como abono agrícola, lo que explica la preferencia que los agricultores extranjeros dan á esta especialidad de abonos. La sangre analizada se asimila al nitrato de soda y al sulfato de amoniaco, y todos los agricultores que la emplean afirman que obtienen resultados muy satisfactorios.

En resumen: de la sangre de los mataderos, los franceses extraen ó aplican dos productos á la industria, que son: la sangre líquida y sólida para las fábricas de refinar el azúcar, y la albúmina para la tintorería y tejidos pintados; y uno, pero en dos formas distintas, para la agricultura.

ADVERTENCIA sobre La Hoja Popular.—Con este número de la REVISTA se publica el 64.º de *La Hoja Popular* (que repartimos gratis), de la cual recibirá dos ejemplares cada uno de nuestros suscritores. Les rogamos que propaguen su lectura por cuantos medios juzguen oportunos entre todas las clases, y en especial las trabajadoras, de la sociedad.

Los propietarios que tengan numerosos dependientes, los dueños y directores de fábricas y talleres, y los de explotaciones mineras ó agrícolas, los profesores de enseñanza, los párrocos, las autoridades locales, los padres de familia, pueden hacer el pedido que gusten de estas *Hojas Populares*, las cuales les serán remitidas, gratis tambien, para que contribuyan á los nobles y benéficos fines de su publicacion.